

Nº 47

Tradición

órgano
del
consejo de cultura

1935

madrid

mayo

Sumario

	<u>Págs.</u>
LECCIONES DE LOS HECHOS	
La monarquía	325
FUNDAMENTOS	
De Tradiciones y Tradicionalismos.—FABIO	331
El concepto de la libertad, según Santo Tomás.—F. de CONTRERAS	336
La cuestión judía en el mundo.—IV.—El Marqués de SANTA CARA.	344
HISTORIA Y LITERATURA	
Juan de Solórzano.—Santiago MARGARIÑOS	355
Romanticismo.—Manuel POMBO ANGULO.	364
CULTURA	
El arte del Greco.—I.—Fray Manuel de Tuya G. SOLAR, O. P.	375
Movimiento.—Sebastián SOUVIRÓN	386
Cartas a un escéptico en Materia de Formas de Gobierno.—Bibliografía.—José Luis ZAMANILLO.	391
NOTICIARIO MENSUAL	
La Voz de lo Alto.—Pedro Cardenal SEGURA SÁENZ	395
Noticiario.—Sancho QUIJANO	397

Suscriptores de Honor

ALFONSO CARLOS

Excm. Sr. D. Manuel FAL CONDE

D. José Luis ORIOL

D. Miguel MARTÍNEZ DE PINILLOS

D. Joaquín BAU

ADRIEN MIR, D. Enrique
ALVARADO OSORIO DE BARRIO,
D.^a María
AMAT, D.^a Mercedes, Vda. de Quint-Zaforteza
AMO, D. Bruno del
AMPUERO, D.^a Casilda
ANSALDO, D. Francisco
ARAMBURU, D. Gervasio
ARELLANO, D. Luis
ARESTI, D. José
ARDID Y DE ACHA, D. Manuel
ASEGUINOLAZA, D. Eugenio
BAYGUAL BAS, D. Francisco
BALEZTENA, D. Joaquín
BLANCO-HERMOSO, Excmo. Sr. Marqués de
BENJUMEA LÓPEZ DEL PIÉLAGO,
D. Eduardo.
BERTODANO, D. Federico de
BILBAO, D. Esteban
BOBADILLA, D. José Ramón de
BODI, D. Martín
BUERBA, D. Daniel
C....., Excmo. Sr. Marqués de
CARTAGENA, Excmo. Sra. Marquesa de
CABALLERO, D. Pedro
CANTÓ LLOPIS, D. Rafael
CAÑAS, D. Félix de
CÁRCER, Excmo. Sr. Barón de
CASTILLO DE CHIREL, Excmo. Sra. Baronesa del
CELADA, Excmo. Sr. Marqués de
CORTINA, Excmo. Sr. Conde de la
CONTRERAS, D. Ramón de
CONTRERAS, D. Fernando de
D. DE ITURRARÁN Y URQUIZA, Monseñor D. José
DELCLAUX, D. Isidoro
DELGADO, D.^a Teresa
DÍAZ CUSTODIO, D. Juan N.
DÍAZ DE BUSTAMANTE Y QUIJANO,
D. Fernando
DÍEZ DE LA CORTINA, D. José

Continúa en la penúltima página de la cubierta.

Tradicción

ÓRGANO DEL
CONSEJO DE
CULTURA

N.º 47

Mayo

1935



Año III

Tomo III

REDACCIÓN

DIRECTOR HONORARIO:

Excmo. Sr. D. Víctor Pradera

CONSEJEROS-DELEGADOS:

Fabio

D. Luis Hernando de Larramendi

D. Julio Muñoz R. de Aguilar

DIRECTOR:

D. Ignacio Romero Raizábal

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. Manuel Pombo Angulo

REDACTOR JEFE:

D. Fernando Méndez-Vigo

SECRETARIOS:

D. Fernando Díaz de Bustamante

D. Álvaro González de Amezúa

ADMINISTRADOR:

D. José Santibáñez Martínez

LECCIONES DE LOS HECHOS

ENCUENTRO
DE LOS HECHOS

LA MONARQUÍA

*A*CABA de celebrarse en Inglaterra, en medio de un júbilo nacional, el vigésimoquinto aniversario de la coronación de sus Reyes. No necesitamos los tradicionalistas españoles, en la presente ocasión, recordar lo que en la Monarquía inglesa hay de defectuoso. El buen sentido y la tradición han ido salvando las dificultades que al gobierno del pueblo oponían las imperfecciones constitucionales, y no cabe dudar de que el sentimiento de adhesión a los Monarcas no se ha debilitado por los choques que aquéllas habrán forzosamente de suscitar. Las reflexiones que los hechos han sugerido, tienen así el valor de producirse ante una Institución regia que no es para nosotros el arquetipo ni el dechado de las Monarquías.

Y aun hay un segundo motivo que las avaloran. Lo que vamos a poner bajo los ojos de nuestros lectores, no ha sido escrito por partidarios fervorosos del régimen monárquico. Salió, por el contrario, de plumas de defensores preclaros de la República, y aun de quienes fueron un día ministros suyos. Y es lo curioso que el elogio y la admiración no se refieren a lo que en la Monarquía inglesa pudiera haber de zona limítrofe a la República, sino a lo más central y peculiar del régimen de unidad de mando y de personal representación del Estado nacional.

TRADICIÓN

Clement Vautel es un periodista republicano y cronista de un periódico del mismo ideario. A pesar de ello, transcribe y comenta en Le Journal una carta que dice haber recibido de un amigo suyo de Inglaterra, y que más parece forjada en París, para expresar con mayor holgura sentimientos que el hábito impide todavía presentar como propios.

«¡Qué espectáculo—dice el corresponsal de Vautel, francés también—el de este reino verdaderamente unido en el amor y la veneración de un hombre en el que se encarnan la fe, el optimismo invencible y el orgullo de todo un pueblo! Lo confieso: no sin tristeza ni sin envidia, contemplo esta fusión de todos los partidos, de todas las clases sociales, en un tan profundo sentimiento. Porque pienso que no tenemos en Francia nada semejante: ni idea que nos exalte, ni comunión de espíritus y corazones, ni emoción colectiva. ¡Nunca! Rectifico. De vez en cuando tenemos funerales nacionales. No nos reconciamos—¡y cómo!—sino ante los féretros. Una nación no puede subsistir, sino mediante un cemento moral.»

Y por su cuenta ya, Clement Vautel comenta: «Francia ha tenido también su «cemento moral»: la fidelidad al rey, la admiración y el entusiasmo por el emperador han satisfecho sucesivamente esa necesidad de creer y de amar que se halla en el corazón del pueblo. La República desempeñó ese papel... Una especie de religión en que se mezclaban el laicismo, el patriotismo y aun un cierto jacobinismo, han unido a millones de ciudadanos durante varias décadas. Este gran amor se ha entibiado... La mayoría de los franceses es todavía republicana, pero de un tipo de ironía escéptica: la fe que remueve las montañas y las muchedumbres, ha

TRADICIÓN

desaparecido... En resumen, como escribe mi amigo de Londres, no tenemos nada; para conmover el corazón de la nación hay que echar mano de las ceremonias fúnebres.»

Al lado del testimonio de Clement Vautel, puede presentarse el de un ex ministro de la República, Maurice Colrat. Éste ha escrito—también sobre el mismo motivo del jubileo de los Reyes de Inglaterra—lo que sigue: «En todas las clases de la sociedad, el jubileo de Jorge V, ha excitado un interés y exaltado un amor que los franceses escépticos y sarcásticos no pueden imaginarse. De su fidelidad, de su fervor monárquico, a la vez sentimental y reflexivo, saca Inglaterra una gran fuerza moral en sus horas difíciles. Siempre se reconcentra en derredor de la Corona y allí cobra conciencia de su unidad y de su continuidad. En una democracia que practica, como la Gran Bretaña, el régimen electivo y parlamentario, el rey no gobierna. Pero reina. Reina no solamente sobre la Gran Bretaña, sino también sobre los Dominios que no están ya unidos a la madre Patria sino por el vínculo real. Puede inferirse de ello, el papel importante que desempeña la monarquía en el vasto y flexible sistema del Imperio británico. Y comprender que si gobernar es una alta función, reinar es una más alta todavía.»

Puede completarse el cuadro. Un hombre inquieto, liberal impenitente, que procede de los estratos revolucionarios, va a hablar por Inglaterra. No se nos podrá tachar de interesados en la aducción de textos probatorios. Será Lloyd George el vocero del sentimiento inglés. «Es posible—escribe—que las repúblicas americanas se pregunten cómo una nación tan enervada por el progreso y la libertad, tan lúcida como

TRADICIÓN

Inglaterra, pueda guardar tanto afecto a una reliquia de la Edad Media. ¿Qué utilidad puede rendir un rey a una nación que ha llegado a su mayor edad y ha aprendido a gobernarse a sí misma? ¿No es la monarquía un grosero anacronismo y no hacen pensar las fiestas del jubileo en un acceso de puerilidad? Error excusable, error profundo. La monarquía desempeña un papel de una gran importancia en nuestra vida nacional, y los deberes a que da cumplimiento son de un valor inmenso para nuestro progreso y nuestro bienestar. La persona del rey es independiente de los movimientos políticos efímeros y de los actos de gobierno. Es el jefe de la nación en todas sus vicisitudes. Representa su vida duradera y el orden cívico. Nuestro rey es la encarnación concreta y personal de la nación entera. Se rige el gobierno y se administra la justicia en su nombre. Nos viene el monarca del fondo de los siglos, de muchos siglos antes de que se tuviese siquiera idea de los más antiguos de estos partidos políticos que eligen presidentes o primeros ministros. Pero el rey es, en verdad, más todavía que una personificación de la nación. Incorpora y preserva una tradición más preciosa: la tradición de lo que es real y noble. Es la fuente misma del honor, el cerebro de la sociedad... el jefe de la familia nacional. Las más rudas y más inhumanas autocracias en Europa son Repúblicas: Rusia y Alemania. Las sociedades políticas más libres, monárquicas: Dinamarca, Holanda, Suecia, Noruega, Bélgica, Inglaterra.»

Cerremos la exposición de homenajes a la Monarquía con esta pregunta: ¿qué dirían las gentes el día que se restableciese en el mundo la Monarquía perfecta, la tradicional española, la de los Reyes Católicos?

FUNDAMENTOS

EL MUNDO DE LA LINGÜÍSTICA

LA LINGÜÍSTICA Y LA LINGÜÍSTICA

1

SUMARIO

FABIO:

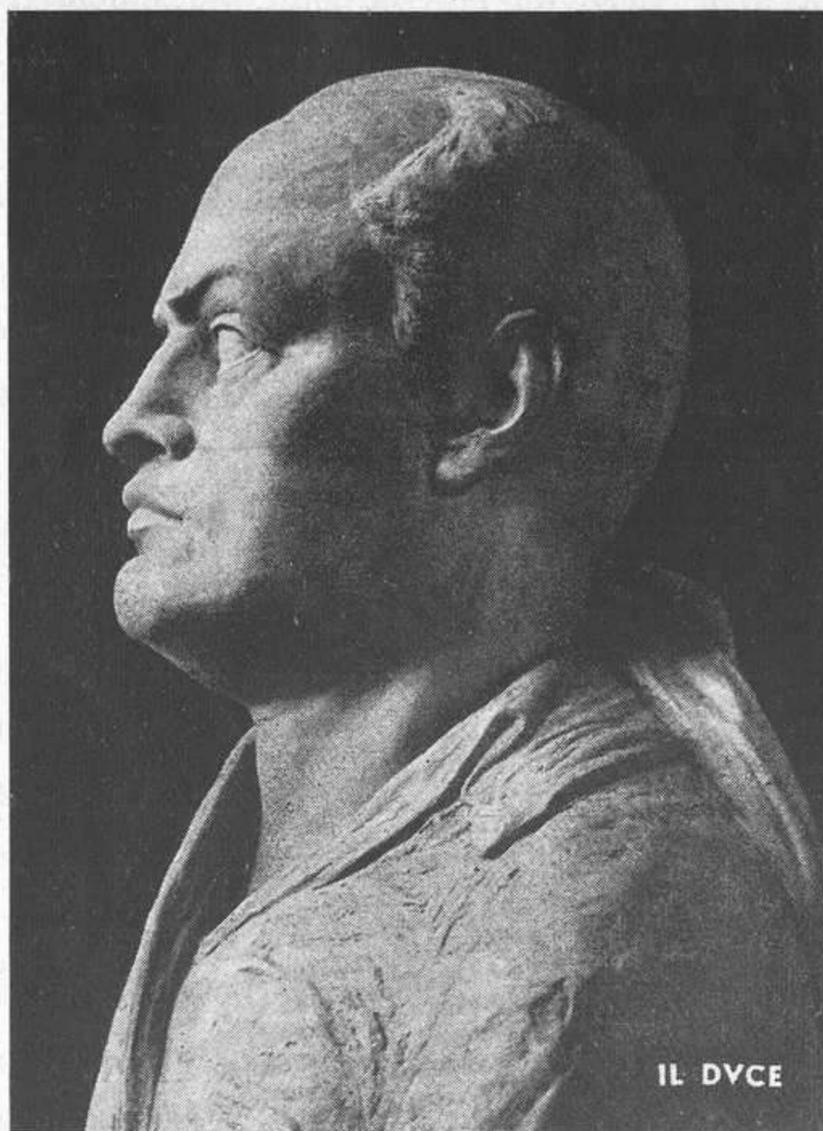
...DE TRADICIONES . pág. 331

CONTRERAS:

...DE LA LIBERTAD . » . 336

SANTA CARA:

...DE LOS JUDÍOS... » 344



DE

IL DVCE

DE

TRADICIONES Y TRADICIONALISMOS

SI te he de hablar con franqueza, yo creo que vosotros, los tradicionalistas cultiváis el equívoco sin querer. Tradición, tradicionalismo, tradicionalista... Estos nombres no sólo son equívocos, sino que por significar demasiado no significan nada.

—¿Equívocos? Tú dirás...

—Mussolini es tradicionalista, pero de la tradición de la Roma de los Césares.

TRADICIÓN

Hitler es tradicionalista, pero de la tradición del paganismo germánico. En Francia, tú lo sabes, hay un partido, el partido radical, que blasona de tradicionalista, pero de la tradición de Dantón, Marat y Robespierre...

—Sigue... No omitas otro tradicionalismo francés no menos curioso. Horrorizados los franceses por este terrorismo universal que culmina en los asesinatos de Alejandro de Yugoslavia, Barthou, Duca, Dollfus... han dado en jugar a la dictadura en la Prensa. Días pasados, *Le Petit Journal* abrió un referendun entre sus lectores sobre este punto: «¿Qué dictador preferís?» Petain obtuvo 38.000 votos; Laval, 31.000; Doumergue, 23.000; Flandin, 14.000; más escasa votación obtuvieron, pero no despreciable, Herriot, Tardieu y otros por el estilo. He aquí un tradicionalismo y unos tradicionalistas aferrados a la tradición de la política de los «affaires» escandalosos, representada en su primer período por Marc-René Sahauguet; en el segundo, por Dreyfus, y en el tercero, por Stavisky...

—Se confirma, pues, lo que digo: que son equívocos esos nombres de tradicionalista, tradicionalismo, tradición...

—En esta Torre de Babel de la moderna civilización, hasta la caballerosidad y la honradez se han hecho equívocas; hasta los nombres de cristiano y de católico. Pero fácilmente se disipan esos equívocos... Tú sabes que la tradición es movimiento. Lo prueba la propia etimología del vocablo. Y sabes que el movimiento no es *solo*; va en lo que se mueve. La tradición, pues, es algo que pasa de un término a otro.

—Mecánico es eso... ¿No caeremos en el mecanicismo?

—No. Esta noción mecánica de la tradición me servirá para hablar de la tradición en el orden moral con grande ahorro de racionios y explicaciones. En el orden moral, la tradición es también algo que se mueve, pero con alguna duración. Se mueve la verdad; se mueve el error en este mundo humano en que todo se mueve a su manera. Se mueve la verdad perpetuamente. Menos durable el error, no deja de moverse con cierta perpetuidad. Por esto puede predicarse del error y de la verdad la tradición. Y habrá tradicionalistas de la verdad y tradicionalistas del error. Pero el equívoco se deshace con sólo saber que la tradición se divide en *verdadera* y falsa; verdadera, la de la verdad, y falsa, la del error.

—Efectivamente; el equívoco se deshace; pero es para sustituirlo por un

TRADICIÓN

problema todavía más difícil: ¿cuál es la tradición verdadera y cuál es la falsa?

—¿Problema difícil llamas a eso? Cómo se conoce que no has soltado del todo la epidermis liberal. Pasando de estas nociones genéricas que acabas de oírme, a la noción peculiarísima de la tradición que más nos interesa, a la del orden político, tú sabes que todo derecho humano positivo ha de ser una derivación o una determinación de la ley natural para ser derecho *verdadero*. Si no es una derivación o una determinación de la ley natural, entonces no es derecho o es *falso* derecho. La tradición verdadera estará allí donde esté el derecho verdadero; la falsa, donde esté el derecho falso.

—Algo voy viendo; pero todavía me parece que te ciernes en las regiones de la abstracción.

—No te adelantes y déjame ir concretando según el orden que la razón pide aquí. No creo que haya pueblo en la Historia que absolutamente renunciara a la ley natural; pero es innegable que la razón humana, entregada a sus solas fuerzas, en todas partes cayó en los mayores absurdos. En todas partes y en todos los órdenes, incluso en el orden político. De modo que también aquí necesitaban redención los hombres. Y la redención aquí consistió en la extirpación de cuanto se oponía a la ley natural y a su cristianización. Los pueblos cristianizados vivieron largos siglos en un derecho político que se compone de derecho natural y de derecho cristiano. Y éste es el derecho tradicional por excelencia; ésta la tradición política por antonomasia, que nadie confunde con ninguna otra; esto es lo que todos, tirios y troyanos, entienden por derecho tradicional y por tradicionalismo en todas partes.

Al comienzo de esta era histórica, a cuyas agónicas convulsiones asistimos, se levantó un movimiento de rebeldía contra todas las tradiciones: contra la tradición religiosa tomó el nombre de *protestantismo*; contra la tradición política tomó el nombre de *liberalismo*; contra la tradición jurídica y social tomó el nombre de *socialismo* o *comunismo*... Un conjunto de revoluciones que se conoce con el nombre de *Revolución* y que asimismo se llamó DERECHO NUEVO para expresar mejor su oposición diametral con el derecho antiguo, con el DERECHO TRADICIONAL.

De esta manera, aunque los partidarios de la Revolución incurran en la falta

TRADICIÓN

de lógica de llamarse tradicionalistas, siendo enemigos de toda tradición, una mediana cultura, una experiencia superficial, el instinto basta para deshacer el equívoco, si alguno hubiere en cosa tan clara.

—¿Qué me dices entonces de Mussolini y de Hitler, enemigos del derecho nuevo?

—Sobre esa enemistad del fascismo y del nacional-socialismo con el derecho nuevo, te diría muchas cosas. Pero huyo de aturdirte. No hemos de olvidar que en el derecho nuevo—ese que empieza en el liberalismo—es donde mejor se conoce el juego al alimón que traen en toda la Edad Moderna el Renacimiento y el Protestantismo... Hay quien es enemigo del derecho nuevo por el lado protestante; pero no es enemigo por el lado renaciente. ¿Has observado que los dos, Mussolini y Hitler, cada uno por su senda, se van al paganismo, el uno a la Roma de los Césares, el otro a la selva de Teutoburgo?

Unos pormenores históricos no quiero omitir sobre esto. No sé si habrás advertido en la historia la ausencia de una monarquía tradicional italiana semejante a la monarquía tradicional francesa o a la monarquía tradicional española. No la hay. Italia, después de la caída del Imperio romano, se ve dominada simultáneamente por bárbaros y bizantinos; por longobardos y bizantinos; por francos, longobardos y bizantinos. Hay en ella dominación árabe, alemana, francesa, española, austríaca... Un ducado aquí, una república allí; o muchas repúblicas ciudadanas, o tantos Estados como regiones. Pero una monarquía tradicional, con su unidad de territorio y su perpetuidad, a la manera de la monarquía tradicional francesa o de la española, no. Con éstas no es comparable la que ejercen en un pedazo del territorio italiano los Pontífices; monarquía *sui generis*, digámoslo así, en que lo espiritual eclipsa a lo temporal. Tal vez por esto es frecuente en los italianos la propensión a la indiferencia sobre formas de gobierno, de manera que en pleno mussolinismo monárquico, la monarquía queda muy a la zaga del fascismo.

Y no es maravilla que, al buscar Mussolini la tradición, se fuera a la Roma de los Césares. Pero no hallo en esto suficiente excusa para el hecho de no haber extirpado todo germen de derecho nuevo, así en el aspecto protestante como en el aspecto renaciente. Aunque en Italia no haya una monarquía tradicional como la española, como la francesa, un derecho cristiano tradicional sí lo hay; y ésta

TRADICIÓN

es la tradición a que tendrá que acudir, si de veras quiere la verdadera restauración de su patria; porque no hay otra receta para restaurar los pueblos.

Muy otra cosa es en Alemania, que fué *imperio* por el Pontificado y fué *nación* por la Iglesia; de modo que tiene tradición nacional y tradición imperial fundamentalmente cristianas. Por desdicha, el protestantismo logró hacerse, en cierto modo, tradicional. La cuestión tradicional ofrecía un problema para Hitler. El Concordato debió ser el primer paso para la resolución de este problema. Hasta ahora parece que se ha gobernado de espaldas al Concordato y que se quiere prescindir del tradicionalismo católico no menos que del tradicionalismo protestante, puesta la caña de la nave del Estado hacia el tradicionalismo de los «tres Ases»: Odin, Thur y Baldur, divinidades paganas de los germanos del norte. La respuesta afirmativa a la pregunta que sarcásticamente hacía Jarke a los racistas del pasado siglo, precursores de los actuales: «Pero ¿es que queréis retrotraernos a la selva y que volvamos a los sacrificios sangrientos de Wodan?»

Una cosa se ve clara en todo esto. Los pueblos, deshechos por la deletérea acción del derecho nuevo, instintivamente, para restaurarse, vuelven los ojos a su tradición. Se repliegan sobre sí mismos, buscando su restauración en el principio de su ser, que está en su tradición propia.

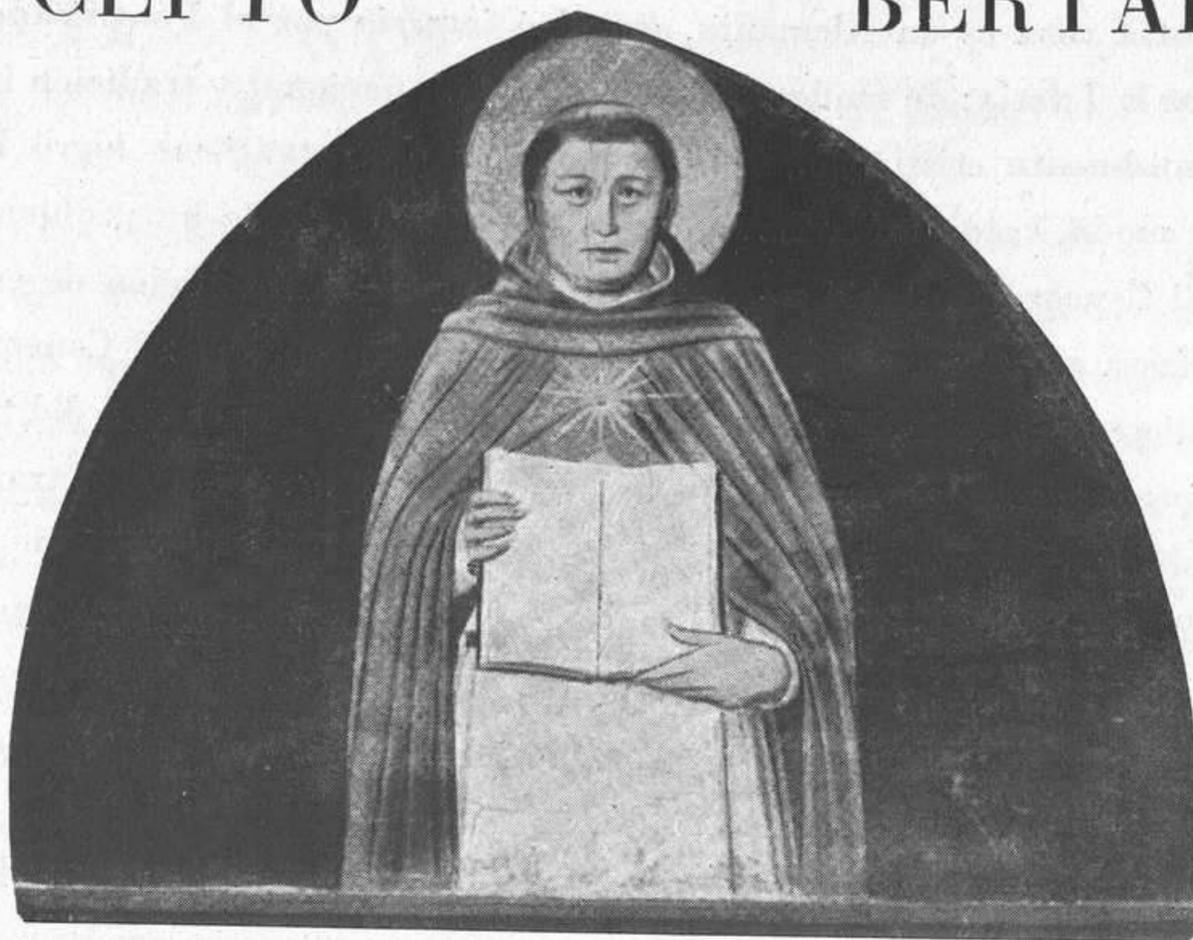
Ya dijimos que pueden tener los pueblos diversas tradiciones: unas verdaderas, otras falsas. Las falsas tradiciones no son sino hábitos insalubres, que en mal hora contrajeron y que matan el ser con su falsedad. Las tradiciones verdaderas son las únicas saludables, ya que llevan la *verdad*, que es, aun físicamente, la salud del *ser*, que, en efecto, con la verdad se identifica.

Entre nosotros no hay problemas ni confusiones. Nuestra tradición es la que teniendo por fondo la Cruz de Recaredo, que es la de Covadonga, irradia sobre el mundo desde cumbres de siglos de oro esos tres resplandores simbolizados en las tres flechas (como la cruz en el yugo), de los Reyes Católicos: DIOS, PATRIA y REY.

FABIO

EL CON
CEPTO

DE LA LI
BERTAD



SEGÚN

SANTO

TOMÁS

I

ME hacen el honor los beneméritos muchachos que fundaron esta revista de TRADICIÓN, prez y gloria de nuestra Comunión, de pedirme un artículo.

Y a fe que no saben lo que hacen.

Ya nuestro Ilustre Secretario General, en un momento de buen humor, me hizo la *mala partida* de incluirme en el grupo de Vocales de la «Sección de Cultura». Y sois vosotros, pícaros muchachos, los que rematando la suerte, ponéis a este

TRADICIÓN

viejo carlista en el brete de alternar con maestros como Fabio, Larramendi, Pradera, Gómez Rogí, Solana, etc., etc.

Lo cual es tanto como invitar a los lectores, después de presenciar un vuelo de águilas, a que se entretengan en ver aletear un humilde gorrión.

¿Cómo salir del compromiso satisfaciendo los deseos de la juventud y no empañando las páginas de TRADICIÓN con un borrón?

Pues juntando con la doctrina de los maestros, doctrina del maestro de los maestros.

Y así *me vengo* de la mala pasada de todos.

Y los lectores de TRADICIÓN seguirán viendo volar, no ya águilas, sino al águila real del pensamiento católico.

II

Celebra la Iglesia Católica, el 7 de marzo, la fiesta de Santo Tomás de Aquino.

Y buena ocasión hubiera sido, ciertamente, para que en el número de este mes apareciera el actual artículo.

Pero como nosotros, en nuestra modesta colaboración, estamos decididos a propagar constantemente y a divulgar «oportune et inoportune» la doctrina del Doctor oficial de la Iglesia, resulta que para nosotros todos los meses son el mes de Santo Tomás.

De otra parte, el Angélico tiene que ser, necesariamente, el sol que ilumine y el faro que guíe a cuantos colaboran en esta Revista.

Y véase la razón.

Nuestro inolvidable Caudillo, Carlos VII, dijo un día: «haced católicos, que la fuerza de la lógica los hará carlistas».

He aquí una orden que sale del sepulcro, como voz de mando, recordando a escritores y propagandistas de la Comunión Católico-Monárquica el primero de sus deberes.

¡Qué bien conocía el caudillo insobornable lo que era el alma de la tradición española!

TRADICIÓN

Teóricamente, cuán lógico, cuán orgánico, cuán admirable resulta el sistema filosófico-político del tradicionalismo.

Pero prácticamente, sin un catolicismo social que lo informe de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, tendremos un cuerpo magnífico, como magníficos y de suprema belleza fueron los cuerpos que salieron de los buriles de Fidias y Praxíteles, pero cuerpos muertos.

Sin catolicismo, que es la forma substancial de la política tradicional, todas nuestras afirmaciones mueren o se adulteran.

Desaparece, sin un catolicismo nacional, la primera de nuestras afirmaciones: la unidad interna.

Sin catolicismo, por derivaciones inmediatas o mediatas, nuestro concepto orgánico de clases autárquicas, concluirá en un corporativismo estatal de concepto fascista o en sindicatos de resistencia, fomentadores de anarquía y de la lucha de clases.

Sin catolicismo, por derivaciones inmediatas o mediatas, nuestra concepción federativa y autárquica, acabará prisionera en las cadenas de un preliberalismo o liberalismo centralista, incapaz de comprender la variedad dentro de la unidad; o gemirá bajo la tralla de estatolatrías paganas, última consecuencia del liberalismo socialista; o se deshará, deshaciendo la patria en un concepto federal y autónomo, avanzadas del separatismo y puente del cantonalismo.

Sin catolicismo, por consecuencias mediatas o inmediatas, nuestras Cortes representativas no las compondrán Procuradores con mandato imperativo nombrados y salidos de las clases sociales, sino golillas de los poderes imperantes, como natural producto de corporaciones creadas y mediatizadas por el Estado, en vez de organismos creados por la naturaleza y la historia y reconocidos por el Estado.

Sin catolicismo, nuestra Monarquía desaparece.

Podrá ser una Monarquía absoluta.

Una Monarquía preliberal, absolutista y regalista.

Una Monarquía liberal, constitucionalista, centralista, parlamentaria y democrática.

Pero sin catolicismo popular, dando a la palabra pueblo su verdadero sentido, jamás tendremos la Monarquía Católica, federativa, templada y popular,

TRADICIÓN

que es *la única auténticamente española, genuinamente nacional* y, por tanto, la única tradicional.

Pues no hay que olvidar que todo cuanto sea auténticamente español, eso es tradicionalismo.

Y todo lo que sea genuinamente nacional, es tradicionalismo.

Por eso somos *Comunión* y no partido.

Por eso nuestra bandera, es la bandera nacional y no el banderín de una de tantas taifas políticas, lepra y cáncer de la unidad religiosa y política, sin las cuales no puede vivir España.

Tan convencidos estamos de nuestra tesis, que pensando muchas veces por qué no hemos triunfado, vemos con toda claridad la intervención divina a nuestro favor, Dios quiere salvar a España.

Digo más: Dios tiene que salvar a España, porque las naciones, como temporales, caducas y percederas, son premiadas y castigadas en este mundo.

Y cuando cogiendo la balanza de la justicia histórica ponemos en un platillo las hojas de servicio de la España tradicional, buscando el Reino de Cristo, y en el otro platillo las fichas de la Revolución, reproduciendo el «non serviam», vemos, con segura esperanza, que la balanza se inclina hacia el platillo de la tradición.

Estamos en el período del castigo y la expiación.

Llegará la hora del arrepentimiento.

Caerá de nuevo España, postrada ante los pies de la Cruz.

Y entonces habrá llegado el momento decretado por Dios para salvar a España; siendo el instrumento providencial, el tradicionalismo español, *milagrosamente conservado*.

Pero entre tanto y mientras no se cuente prudentemente con los medios eficaces para repetir nuestras actuaciones históricas, tenemos que cumplir un doble mandato.

Uno divino, ya que en medio de la apostasía, la deserción y la cobardía casi universales, quiso Dios que el tradicionalismo fuera la sal que conservara íntegro el genuino pensamiento nacional, que es católico o no es nada.

Por privilegio y llamamiento divino, tiene la *Comunión* tradicionalista la obligación de *formar católicos*.

TRADICIÓN

Y ese mismo mandato divino es el que nos impuso, a nosotros, los caballeros de la lealtad, nuestro gran Don Carlos VII.

Haced católicos, o como si dijera: buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia. Y agregaba, como excelso conocedor del pensamiento español, «que ya la lógica los hará carlistas».

O como si dijera: se cumplirá la promesa del Señor y porque lo servísteis a Él, Él vendrá en vuestro auxilio, afiliando a los católicos en nuestras filas.

III

PERO el catolicismo que Dios, como especial misión, nos impuso formar y propagar, así como el catolicismo que nos ordenaba propagar Don Carlos VII y hoy su Augusto hermano Don Alfonso Carlos, es el catolicismo auténtico.

No el catolicismo liberal, para quien tuvo Pío IX sus más enérgicas condenaciones.

Ni el catolicismo muladí, hoy tan en boga.

Ni el catolicismo chino, que adora externamente los ídolos imperantes aunque interiormente y con una cómoda, por no decir sacrílega restricción mental, adora al Cristo que lleva escondido, mientras le dice: Señor, Tú sabes que te amo; Tú sabes que yo quiero tu reino social. Pero Señor, cuando buenamente se pueda.

No, el catolicismo tradicional, siguiendo los consejos de San Pablo, *oportune et importune*, tiene que confesar a Cristo, pelear por Cristo y si preciso fuera morir por Cristo, en la seguridad de que antes o después, individual o socialmente, resucitará y triunfará con Cristo.

¿Pero en qué escuela se forja ese catolicismo que es el tradicional de la verdadera España?

Al llegar aquí sólo existe una voz autorizada.

La voz de la Iglesia.

¿Y qué dice la Iglesia?

Pues dice la Iglesia, por boca de Su Santidad León XIII, que a su vez recogió el torrente de la tradición teológica y pontificia; y de las Universidades, mientras fueron católicas; y de los Reyes, mientras reconocieron que su autori-

TRADICIÓN

dad procedía de Dios: «que es necesario restaurar la filosofía cristiana en las escuelas católicas, según la mente de Santo Tomás de Aquino» (Bula *aeternis Patris*).

Y el mismo Pontífice dedica una rosaleta a este pensamiento y ordenación. Recojamos algunas de estas rosas Pontificias.

1.º «Santo Tomás es el príncipe de los doctores escolásticos, sin que haya ninguno que pueda comparársele.»

2.º «Es indiscutible que en las más altas regiones de la sabiduría humana, reina Santo Tomás como Soberano.»

3.º «La doctrina de Santo Tomás es la más apta para conciliar la fe con la razón, hacer progresar las ciencias, conseguir la paz social.»

4.º La doctrina de Santo Tomás, es la doctrina católica por excelencia.»

¿A qué seguir?

Pero lean, lean nuestros lectores la Encíclica *Aeternis Patris* y sobre todo medítenla y verán lo que es y significa para la Iglesia Católica la doctrina tomista. Conociendo sin embargo Su Santidad León XIII lo que pueden las rivalidades de escuela, aun en aquellas que presumen de especial obediencia, no se contentó con recomendaciones y alabanzas, sino que, en 4 de agosto de 1800, declaró a Santo Tomás Patrono de las Universidades, Institutos, Academias, Liceos y Escuelas católicas.

En 15 de octubre de 1879, ordenó que a imitación de San Pío V, se haga una edición completa de las obras de Santo Tomás.

El mismo día mandó crear, en Roma, una Academia bajo la advocación y patronato de Santo Tomás, que aplique sus actividades en el comentario de las obras del Santo.

Por decreto de 25 de diciembre de 1880, creó a sus expensas una cátedra en la Universidad de Lovaina.

Pero Su Santidad León XIII sabe que son no pocos los que se titulan comentaristas de Santo Tomás al principio de sus obras, para en el desarrollo de las mismas ser denigradores u opositores.

Y Su Santidad León XIII quiere restaurar la unidad del pensamiento tomista en toda su integridad.

Y para ello, en el *Breve Gravissime Nos* de 30 de diciembre de 1892, prescri-

TRADICIÓN

be a la Compañía de Jesús que ateniéndose a sus Constituciones, guarden la más completa y absoluta fidelidad a la doctrina de Santo Tomás.

Y en el *Breve Noster Ergo Fratres*, de 25 de noviembre de 1898, prohíbe a los hijos de San Francisco toda tentativa que tienda a separarse de las enseñanzas del Angélico.

Estamos y sufrimos una epidemia de buena prensa y de buenos libros.

Aun llevando la condescendencia hasta admitir que todo sea ortodoxo en esa buena prensa y en esa plaga de buenos libros, grandes y pequeños, hay que convenir que esta acumulación de lectura erudita constituye un serio peligro para las inteligencias.

Un alimento tan poco nutritivo, anuncia o prepara la anemia de las inteligencias y, como consecuencia inevitable, el raquitismo de las voluntades.

Pululan los *manuales* y *compendios* nacionales y, sobre todo, los traducidos del extranjero, que aun sin contener errores formales, han debilitado y esfumado extraordinariamente la ciencia teológica y, como consecuencia, la jurisprudencia, la política y la sociología, ya que sólo contienen la verdad en dosis homeopáticas.

Por eso León XIII recomendaba a la juventud «que se alimentasen con el alimento fuerte y robusto de la auténtica doctrina de Santo Tomás, para que aumentasen su fortaleza y armados poderosamente, se prepararan a defender valientemente la causa de la religión.»

La ausencia de unidad, de conjunto y de convergencia en la instrucción, es fatal para la ciencia.

De aquí que León XIII, después de recomendar el estudio de Santo Tomás en general, agregaba en su Encíclica de 4 de agosto de 1879: «Y ante el temor de que una doctrina atribuída falsamente a Santo Tomás, que una doctrina corrompida, no sirva para abreviar las inteligencias, proceded de forma que la sabiduría de Tomás de Aquino sea bebida en sus propias fuentes o, por lo menos, en aquellos arroyos salidos del manantial y que el *asentimiento unánime* de los hombres instruídos los señalan como puros y sin mezcolanzas; respecto de aquellos que se dicen salidos del manantial, pero que en realidad se engrosaron con aguas extrañas e insalubres, apartad con toda diligencia el espíritu de las juventudes.»

TRADICIÓN

Algunas semanas más tarde, el 15 de octubre de 1879, el Soberano Pontífice dirigió un Breve al Cardenal De Luca, dándole el encargo de editar, juntamente con las obras de Santo Tomás, los comentarios de los dominicos Cayetano y Francisco de Ferrara y emplea la misma metáfora de arroyo sincero y caudaloso.

Sabemos ya, por tanto, quiénes son, según el Papa, los intérpretes más auténticos del Ángel de las Escuelas y nadie tiene derecho a confiscar su pensamiento.

Por lo demás, resulta «a priori» cosa ridícula y odiosa el buscar fuera de las Órdenes a que pertenecieron, siendo su gloria y ornato, la interpretación autorizada de teólogos como San Agustín, Santo Tomás o San Alfonso Ligorio.

Si alguien conoce su pensamiento, son aquellos que han pasado su vida estudiándolo, con juramento o promesa de permanecer fieles a ese pensamiento.

Pero por añadidura, y en lo que se refiere al Doctor Angélico, tenemos la opinión del Papa sobre quienes son los mejores y más sinceros comentadores del Angélico.

De otra parte, la Iglesia ha continuado el camino trazado por León XIII.

Y esto, hasta el punto que Pío X dejó decretado: «Y téngase presente que si por Nos o por algunos de nuestros predecesores se ha alabado o recomendado la doctrina de algún Santo o Doctor, esta alabanza o recomendación es en tanto cuanto que esa doctrina no se aparte, ni menos sea opuesta, a la de Santo Tomás.»

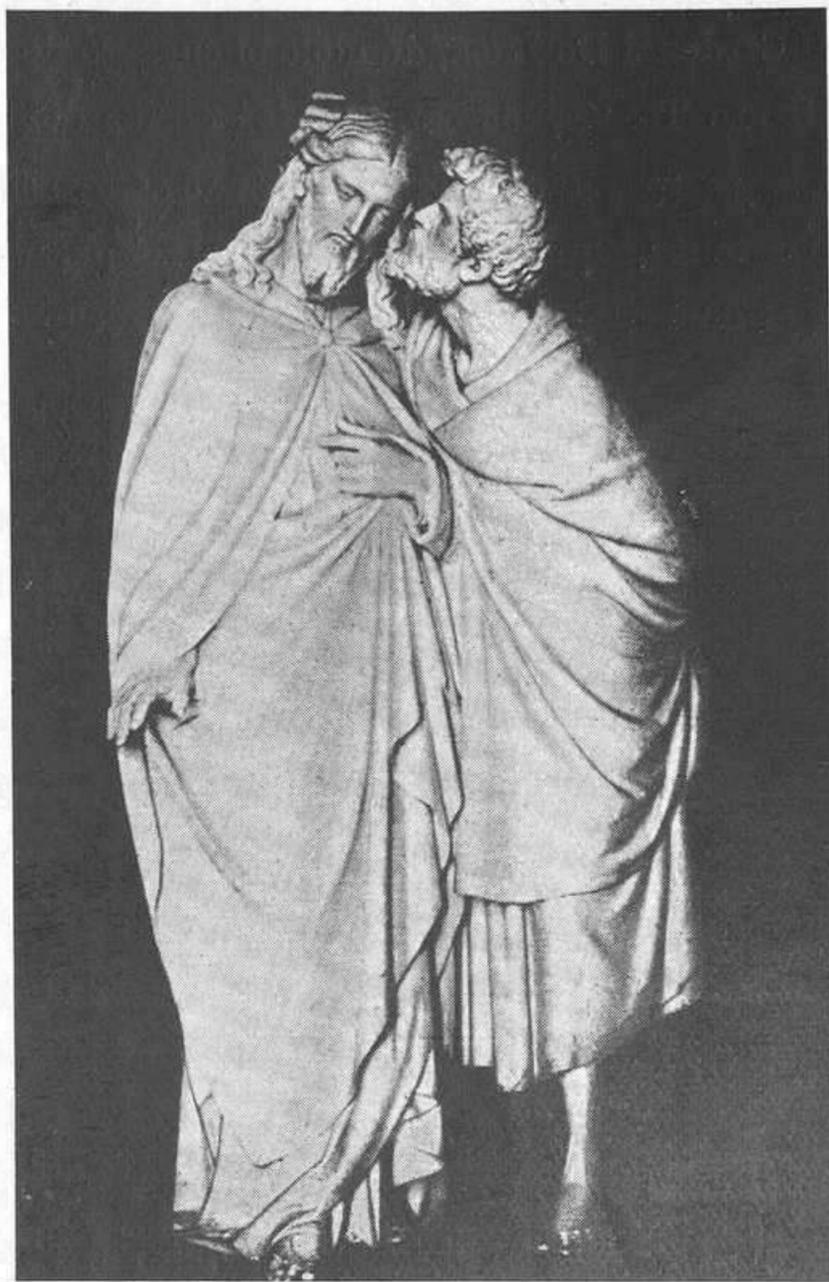
Queda pues claro, cuál es la escuela donde hemos de formar esos católicos que de consuno nos piden nuestra misión histórica providencial y el mandato de nuestros caudillos.

Y fieles a esa misión y mandato, comenzamos a vulgarizar las teorías tomistas en nuestra revista TRADICIÓN.

Que Dios, por la intercesión del Doctor Angélico, Eucarístico, Común y Universal, nos dé luz y acierto para dar sed de doctrina a la juventud y que ésta vaya a beber en el más abundoso manantial de Santo Tomás, que es la Summa, y nos daremos con creces por recompensados y satisfechos.

Ayina, 23 febrero, 1935.
(Concluirá).

F. DE CONTRERAS



DE

LA

CUESTIÓN
JUDÍA

EN EL
MUNDO

EL pueblo de Israel se constituyó en Egipto bajo la protección de una dinastía semítica, la de los Hiesos o reyes pastores, procedentes de Arabia y por los cuidados e influencias de José, hijo de Jacob y ministro de Jordán. El primer caudillo, legislador y sacerdote, fué el gran Moisés, que sacó a los hebreos de la opresión de los egipcios y a fuerza de maravillas y milagros los condujo hacia la patria prometida. Terminada así la época patriarcal e inaugurada la

IV

TRADICIÓN

historia política de Israel, se manifiesta al punto la tendencia de aquel gran pueblo a la insurrección, aparece el espíritu rebelde que no ha de faltarle nunca. Comienza entonces, como característica principal de su historia, la constante manifestación del espíritu demagógico que a veces inflama el verbo de sus profetas y tras haber manido a sus masas populares en los períodos bíblicos, inspira hoy el pensamiento y la acción de la Sinagoga en todo el mundo.

Con el comienzo del Éxodo, empieza verdaderamente la historia de Israel, cobra el relato bíblico caracteres de anales de un pueblo y la legislación mosaica anuncia la constitución de un Estado.

Multiplicada extraordinariamente la descendencia de Jacob, ella constituye el pueblo hebreo, el pueblo por antonomasia, dotado de tal personalidad desde el primer momento, que apenas es sobrepasada socialmente por la gigantesca figura de Moisés.

A diferencia de otros grandes caudillos fundadores de naciones o simplemente conductores de razas, Moisés no fué un capitán, sino un sacerdote en el más amplio sentido de esta palabra; no usó de la fuerza material para imponerse a los suyos; fué el intermediario entre Dios y un *pueblo*; por eso no tuvo autoridad propia ni iniciativa personal. El Señor le dictaba preceptos, leyes y órdenes de todas clases para su transmisión al pueblo. La autoridad de los jefes de tribu, de los ancianos y de los padres de familia, no sufría menoscabo por la subilización del Profeta y el sentimiento igualatorio de la libertad primitiva, propia de todas las sociedades incipientes, perdura en Israel durante siglos, coexistiendo con la misión del sacerdocio y la institución de los jueces, cuyo gobierno dura trescientos años.

Consecuencia de considerarse el pueblo dependiente sólo de la autoridad divina, a la que únicamente cabe rendir *vasallaje voluntario*, fué, durante el éxodo, la tendencia a la insurrección y al tumulto en cuanto las fatigas o los peligros pusieron a prueba la fe religiosa. Si Israel había salido de Egipto y escuchado la voz de Moisés, era por juzgar a Dios comprometido en una alianza que iba a asegurarle el triunfo y a Moisés fiador del momento y de la forma en que había de lograrse. Por eso murmura y se revela cuando, acampado frente a Vihabirat, ve llegar a los egipcios y el camino cortado por el mar; en musera, a causa del amargor del agua; en el desierto de Sin, por falta de alimento; en Bafidin,

TRADICIÓN

por la carencia de fuentes. Moisés, que a fuerza de prodigios salva tantas dificultades, llega un momento en que, dirigiéndose al Señor, le dice: «¿Qué haré yo con este pueblo? Falta ya poco para que me apedree» (1).

Prosiguieron los milagros salvando los continuos peligros y necesidades de aquella larga peregrinación. El pueblo, alimentado por el maná, guiado de noche por una luz celeste y amparado constantemente por la vara del Profeta que alumbraba aguas potables y separaba la de ríos y mares, para abrirle paso, a cada nueva dificultad se preguntaba, receloso e ingrato: «¿Está o no está con nosotros el Señor?» (2). Si Moisés tardaba en descender del Sinaí, se quejaba del retraso a su hermano Aarón, para acabar por pedirle y obtener que le fabricase un dios tangible, a la manera de los dioses egipcios, un becerro de oro que pudiesen adorar; si les llegaban noticias de la fortaleza de los pueblos que habitaban la tierra prometida, se quejaban amargamente y pretendían regresar a Egipto bajo la conducta de otro caudillo *elegido por él*. Todo se vuelven quejas y lamentaciones, llegando el Señor a decir a Moisés estas palabras: «Veo que ese pueblo es de dura cerviz; déjame desahogar mi indignación contra ellos y acabarlos; que yo te haré a ti caudillo de otra nación grande» (3).

Aarón, por su parte, había ya dicho a Moisés: «Tú conoces bien a este pueblo y sabes cuán inclinado es al mal» (4). Cuando Josué y Caleb quisieron imponer la obediencia y la disciplina, estuvieron a punto de ser muertos a pedradas por el pueblo, en castigo de lo cual decretó el Señor que ninguno de los sirvientes, fuera de aquellos dos santos varones, pisarían la tierra de promisión. Los cuarenta años de éxodo, lo fueron de revueltas y quejas contra Moisés. Los Números refieren, recopilando tiempos anteriores, las revueltas populares dirigidas por Caré, Outan, Abiram y Han. El pasaje es tan importante al efecto de mostrarnos la ideología que inspiraba a los revolucionarios del éxodo hebreo, que vale por un tratado de psicología popular. Dice la Biblia que «*se amotinaron contra Moisés con otros doscientos cincuenta hombres de los hijos de Israel, varones de los más ilustres... y presentándose delante de Moisés y Aarón les dijeron: «Basteos ya lo*

-
- (1) Escudo. Cap. XVIII. Ver. 4.^o
(2) Éxodo. Cap. XVII. Ver. 7.
(3) Éxodo. Cap. XXXII. Ver. 3 y 1.^a
(4) Éxodo. Cap. XXXII. Ver. 22.

TRADICIÓN

hecho hasta aquí; puesto que todo este pueblo es de santos y en medio de ellos está el Señor, ¿por qué causa os ensalzáis tanto sobre el pueblo del Señor?» (1). No puede expresarse mejor el sentido igualatorio de la doctrina democrática. El *pueblo es santo* y nadie debe ser ensalzado por encima de él. Ciertamente que Moisés les había librado de la esclavitud, les sostenía en el desierto a fuerza de prodigio, les había dado una legislación sagrada y les mantenía en constante comunicación con la divinidad, pero los israelitas, sin embargo, no encontraban materia ni razón para admitir su autoridad y reconocer como legítimo su encumbramiento. *¿Por qué causa, decían, os alzáis tanto sobre el pueblo?* Es el mismo lenguaje de los actuales democráticos. Éstos se han limitado a suprimir, en sus reclamaciones revolucionarias, el nombre del Señor, que entonces usaron Caré y sus compañeros hipócritamente.

Aun después de las primeras victorias sobre los rémulos de Palestina, considerando la fortaleza de las ciudades por conquistar y la multitud de enemigos a quienes había que vencer, el pueblo se llamó a engaño, porque la *Promesa* efecto de la *Alianza*, no se realizaba, por parte del Señor, a su satisfacción, lo que le desligaba, a su juicio, de cumplir la ley impuesta por el Caudillo. Ninguna autoridad, fuera de la del pueblo, ni aun la de Dios, si éste andaba remiso a cumplir sus promesas. Esto es lo que pensaban aquellos israelitas cuando la Humanidad se había ya constituido en poderosos imperios con un perfecto sentido de organización jerárquica.

Durante los años de la penetración hebrea en Palestina, que fué a veces guerrera y a veces pacífica infiltración, como la que después realizaron por todas partes los israelitas, los movimientos revolucionarios coinciden con las apostasías religiosas del pueblo, que con facilidad se volvía hacia los dioses de sus enemigos. El Señor les castigó sujetándoles ocho años a la esclavitud de Rosataum, rey de Mesopotamia, y luego dieciocho a la de Eylon, rey de Moab. El bello canto de Debara, celebrando el triunfo de Israel sobre Sisara y las victorias de Gedeón, siguen alternando con nuevas desobediencias del pueblo, mal sujeto a sus jueces y a menudo quejoso del Señor, Dios suyo.

Es de advertir que estas apostasías y estos tumultos durante el largo período

(1) Números. Cap. XVI. Ver. 2 y 3.

TRADICIÓN

de infiltración y conquista de Canaan, no solían ser generales. Cada tribu se gobernaba con independencia y alguna vez hubo guerra entre ellas, faltando, casi siempre, la cooperación de todas para la empresa común de establecerse en Palestina. La dignidad de juez de Israel no fué reconocida siempre por todo el pueblo y sólo Gedeón, mientras vivía, merced a un genio militar, le tuvo en mano. A la muerte de este insigne caudillo, apostataron otra vez, dice la Biblia, los hijos de Israel y se prostituyeron a los ídolos y pactaron alianza con Ball para que fuese su Dios (1). Al terminar la Sagrada Escritura el relato de la terrible guerra que las demás tribus hicieron a la de Benjamín, dice así: *En aquellos días no había rey o magistrado supremo en Israel, sino que cada cual hacía lo que le parecía mejor* (2). Suprema aspiración del pueblo, de las masas incultas que la Revolución santifica con este nombre, realizada, como se ve, temporalmente, bastante antes de fortificar en Europa moderna los bokaquines y demás intelectuales del anarquismo.

Miles de años llevaban de asistencia los imperios egipcio-asirio y era general el gobierno monárquico en las ciudades de Mesopotamia y Palestina cuando continuaban los hebreos en su estructura primitiva, rechazando, por naturaleza, toda organización fuerte que limitase la libertad de la tribu y la autonomía familiar. Los Sumos Sacerdotes, herederos de Aarón, no fueron más que fiadores del pueblo respecto a Sehoría; los levitas, meros ejecutores de un rito complicado y minucioso, sin autoridad directiva en lo moral, y los jueces, jefes ocasionales de Israel, le rogaron designase un príncipe para gobernar al pueblo, «*como lo tienen todas las naciones*» (3). Este lenguaje desagradó a Samuel, dice la Biblia, pues consultó con el Señor, que habló así: «*Escucha la voz de este pueblo y condesciende a todo lo que te pide, porque no te han desechado a ti, sino a Mí, para que no reine sobre ellos.*» *Hacen lo que han hecho siempre desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy; como me abandonaron a Mí para venir a dioses ajenos, así hacen contigo. Ahora, pues, otórgales su petición; pero primero hazles presente y anúnciales el poder del Rey que reinará sobre ellos* (4).

(1) Jueces. Cap. VIII. Ver. 12 y 13.

(2) Jueces. Cap. XVIII. Ver. 31.

(3) Reyes. Cap. VIII. Ver. 5.

(4) Reyes. Cap. VIII. Ver. 7, 8 y 9.

TRADICIÓN

Refirió Samuel al pueblo las palabras del Señor tratando de convencerle de lo inoportuno de su deseo, pero habiendo insistido los Ancianos, accedió a consagrarles un monarca, que fué Saúl. Obsérvese que sólo un movimiento esporádico, la vanidad inspirada en ser como las demás naciones en esto de lucir un monarca, es lo que determinó a los israelitas, representados por sus Ancianos, a pedir el cambio de gobierno. La tradición mosaica y el espíritu demagógico de los hebreos eran contrarios a la institución monárquica. Este espíritu y aquella tradición, están recogidos en las reflexiones de Samuel, cuando les advierte el menoscabo de la libertad tradicional que van a sufrir: hasta entonces el único rey del pueblo había sido el Señor; en adelante tendrían otro amo a quien obedecer. Cuantas veces se habían apartado de Jehová, habían vuelto a él después de sufrir el correspondiente castigo y haber clamado y llorado como todo hebreo supo y sabe clamar y llorar siempre que le conviene. Bajo la nueva autoridad de sus reyes, menos propicios a la benevolencia los israelitas, van a aprender pronto el arte de los alzamientos populares, de las revoluciones políticas y de las rebeldías castrenses. Estos movimientos, con organización más perfecta que los antiguos motines, los inaugura Absalón, hijo de David, alzándose contra su padre, el segundo y más grande de los monarcas hebreos. Vencido Absalón, fué un benjaminita, Seba, el que levantó al pueblo contra David.

Tras el reinado esplendoroso de Salomón, Jeroboan, acaudillando varias tribus, se rebeló contra el hijo designado por el sabio rey para heredar su trono, sosteniendo la actitud revolucionaria del pueblo cuando decía: «¿Qué tenemos nosotros que ver con la familia de David? ¿Ni qué herencia o provecho esperamos del hijo de Isaí? (1). «Robean, el rey legítimo, envía a Aduran para que dominase la insurrección, pero todo el pueblo de Israel lo mató a pedradas» (2). Se consumó la escisión del Estado. Sólo permanecieron fieles a la Casa de David las tribus de Judá y de Benjamín; las demás tribus, que formaron otro reino, cuya capital fué Samaria, apostataron también en lo religioso, adorando los ídolos que les fabrica el rebelde, temeroso de que el pueblo, si frecuentaba el templo de Jerusalén, acabara por someterse al hijo de Salomón que allí reinaba.

(1) Reyes. Si. 3.º. Cap. XII. Ver. 16.

(2) Reyes. Si. 3.º. Cap. XII. Ver. 18.

TRADICIÓN

Breve fué, pues, el período de esplendor unitario de la monarquía hebrea. Los años de Salomón fueron, en realidad, los únicos en que el pueblo judío se vió dueño absoluto de sus destinos, aunque tampoco estuvieron exentos de secciones y libres de las asechanzas y ataques de los pueblos comarcos, así como de la mediatización en que vivió por parte de egipcios y asirios, cuyos respectivos no cesaron de afirmar, con las armas, su soberanía suprema en Palestina.

A partir de la escisión, la historia de las dos monarquías, la de Jerusalén y la de Somarca, es un encadenamiento de guerras civiles, revoluciones y apostasías. *La tribu de Judá*, dice la Biblia, *ofendió al Señor con pecados mucho mayores que los que cometieron sus padres en medio de sus maldades. Porque erigieron altares y simulacros y bosques sobre los collados y debajo de todo árbol frondoso* (1). Se ve claramente en los Libros Sagrados que no sólo el pueblo y los reyes apostataban, sino que también llegaron a hacerlo aquellas Academias o Colegios de profetas (videntes) que David había organizado aparte del sacerdocio oficial ejercido por los levitas. La voz de los profetas se levantaba constantemente reprendiendo al pueblo no sólo sus apostasías y pecados de todo género, sino su infidelidad a la Ley y a la autoridad que la aplicaba. En cuanto a los monarcas, es muy raro el que la Biblia exceptúa de infidelidad y más aun el que no gobierna entre tumultos, guerras intestinas y levantamientos.

En el reinado de Osce, un rey de Asiria, Salmanasar, hizo feudatario de su imperio a Israel y al poco tiempo toma a Samaria, llevándose cautivo a parte del pueblo con los príncipes y los sacerdotes. Otro soberano asirio, Sennaquerib, se apoderó de Judá y hubiera acabado con su independencia a no estorbarlo el Señor por conducto del profeta Isaías. Tras el piadoso reinado de Isaías, restaurador del Templo, que murió en un combate contra los egipcios y el bravo de su hijo, Joacaz, el Faraón colocó en el trono al hermano de éste, Jeascin, al que sucedió su hijo, de igual nombre, que no tardó en ser destronado por Nabucodonosor, rey de Babilonia, que redujo a esclavitud al reino de Judá, transportando lo más florido de su población a sus Estados, dejando en Jerusalén una sombra de monarca en la persona de Matanías. Y fueron a poco los caldeos y entraron en Jerusalén otra vez, la tomaron, saquearon y destruyeron el Templo,

(1) Reyes. Sí. 3.^a. Cap. XIV. Ver. 22 y 23.

TRADICIÓN

a la que se sigue la dispersión de la mayor parte del pueblo, que pudo escapar de manos del vencedor.

Cuando Siro, el gran monarca persa, vence a los medos, permite a los hebreos volver a su patria y reedificar el Templo; comienza bajo Erdros una era nueva para el pueblo judío, de carácter marcadamente sacerdotal, pero que culmina en la exaltación al trono de la familia Asmenea. Durante setenta y nueve años (143-63 a. de C.) se desarrolla la época militar más brillante de la historia de Israel. Los hermanos Macabeos, sacerdotes y capitanes, lucharon valientemente y vencieron en muchas batallas no sólo a Ydumeos y Ammaitas, sino también a los príncipes macedónicos, hasta que hubieron de sucumbir ante fuerzas inmensamente superiores. Judas Macabeo, adivinando el poder romano, envía a un Senado una embajada, prólogo pacífico del drama trágico que se preparaba al realizarse al contacto de dos civilizaciones incompatibles. Tras la catástrofe de Bachidas, aun lucieron días de triunfo para Israel durante los pontificados de Simón y Sanatán, en que estos caudillos pudieron reinar desde Tiro a Egipto, sobre todo la tierra de promisión y otras circundantes. Ambos quisieron concluir la alianza con Roma y ambos fueron asesinados por el pueblo, al que ni la gloria de esta ilustre familia, ni el peligro de perecer definitivamente como nación, hicieron abandonar sus hábitos revolucionarios. Hasta en los últimos años y ante los ejércitos de Vaspasiano y Tiro, se perpetuaron los alzamientos populares, las insurrecciones y los atentados a la autoridad. Esto llega a extremos inconcebibles en los horribles días del sitio de Jerusalén por los romanos, tan detalladamente referidos por Josefá.

La Palestina—dice un autor moderno (1)—, acogedora para razas y civilizaciones diversas, ha sido siempre un país de tribus y de sectas y raramente, quizá jamás, el territorio de una verdadera nación unificada, con su religión y su rey. No es sorprendente que en tal país, la atávica independencia de las antiguas tribus nómadas haya persistido comprometiendo entre los hebreos la cohesión federal y hasta como es sabido contribuya a provocar frecuentes sediciones y escisiones. Hasta cuando desaparecieron las separaciones y rivalidades entre las tribus, fueron éstas reemplazadas por las fracciones encarnizadas que dividieron al pueblo judío durante los períodos griego y romano.

(1) George Adam Smith. *El Genio hebreo en el Antiguo Testamento*,

TRADICIÓN

La emigración judía a todos los países mediterráneos, que era antiquísima, simultánea a las expediciones de sus vecinos, los fenicios, en cuyas naves viajaron, cobra proporciones de estado nacional en tiempo de Tito. El Egipto había sido el primero que experimentaron las consecuencias de albergar grandes comunidades judías. Alejandro Magno había fundado con los hebreos la ciudad que lleva su nombre y allí se hizo la traducción de los Libros Sagrados al griego por los setenta escribas que los judíos egipcios pidieron al efecto al Sumo Sacerdote de Jerusalén. Sabida es que estas comunidades contribuyeron eficazmente a la ruina del país en que vivían, facilitando la conquista romana.

Durante el imperio de los Seleucidas, sucesores de Alejandro, las islas y el continente griego se vieron invadidas por judíos que de aquellos países pasaron a Italia. En Roma tenían ya los hebreos tal influencia en tiempo de Cicerón, que este gran patricio confiesa paladinamente que defendían flojamente a un pactar, acosado por los judíos, a causa de estar el foro lleno de estos extranjeros que tenían, según el gran orador, una fatal influencia en la República. Al realizarse la gran Diaspora o dispersión final, se esparce por el mundo entonces conocido, con el genio y la actividad de la raza de Abrahám el germen de infinitos disturbios y el elemento más eficaz en todos los países de discordias y de guerras para ser el eterno aliado de revolucionarios e invasores.

EL MARQUÉS DE SANTA CARA

HISTORIA Y LITERATURA

SUMARIO

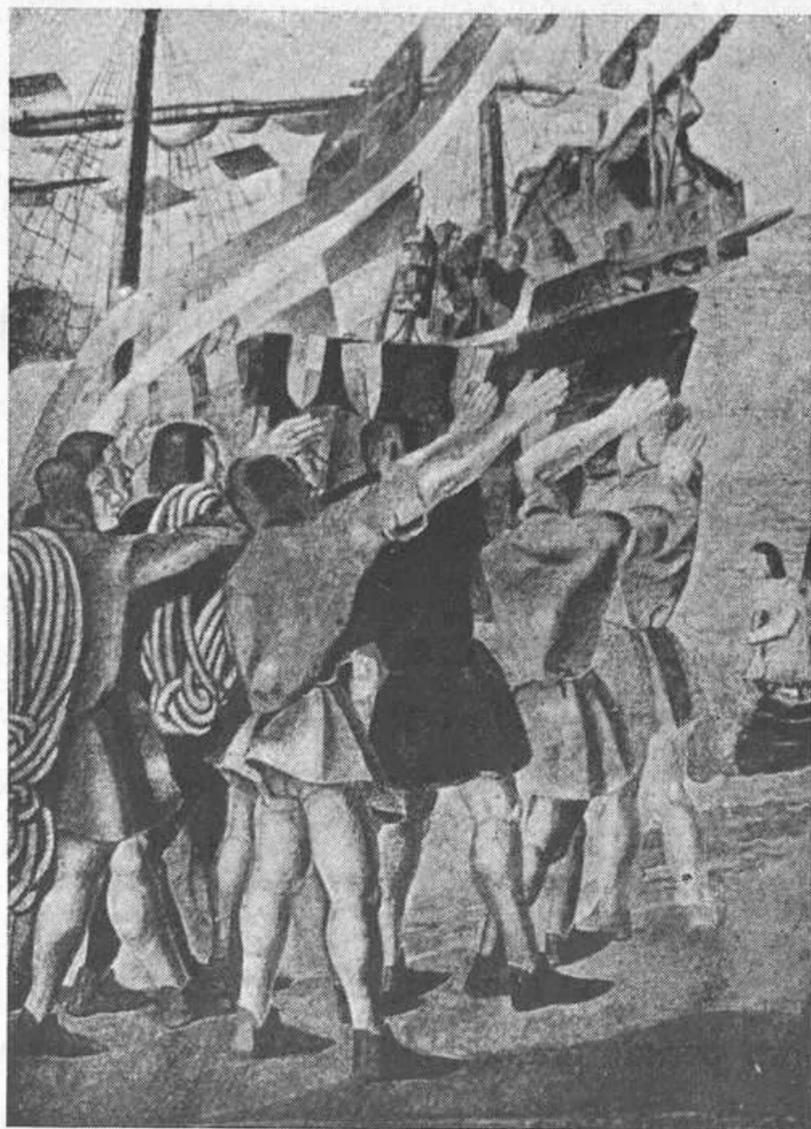
MAGARIÑOS:

...DE JUAN DE

SOLÓRZANO . . . pág. 355

POMBO:

...DE ROMANTICISMO. . . » 364



JUAN DE SOLÓRZANO

II **M**ATERIA para una serie de artículos nos daría el estudio detenido de la importantísima obra del autor que nos ocupa y aun cuando la extremada bondad de TRADICIÓN no ha restado espacios a la empresa comenzada, mi propio esfuerzo me veda el ir más allá de lo que primeramente nos habíamos propuesto. Espigar en la *Política Indiana* es tarea, sino

TRADICIÓN

ingrata, entristecedora, pues donde hay tanto bueno para elegir parece difícil saber escoger lo mejor cuando casi todo lo es.

Las ideas sobre Patria, Gobierno, Política, Estado, Democracia, Religión, etcétera, etc., son manojos de flores frescas que, por no estar marchitas sino en el ánimo de los necios, pudieran volver a ser revividas. Voy, pues, a ocuparme de un solo tema que para nosotros es imprescindible: su concepto de Monarquía, según se desprende de la «Dedicatoria» de la obra, hecha a la Católica Majestad del Rey Felipe IV.

SE ha dicho por quienes no conocen el verdadero contenido de la monarquía española de los siglos XVI y XVII, que fué eminentemente *absolutista*, entendiendo por tal el estrecho concepto que de esa palabra se tiene hoy. Hubo un autor que ha escrito: «Los soberanos españoles se creían de institución divina; toda ley era concesión de su voluntad; todo organismo político existía sólo por su beneplácito; el pueblo les debía *obediencia divina* y era *pecado gravísimo* la resistencia a sus mandatos. El Rey era el *propietario absoluto* y el *único superior político* de sus gentes.» (Navarro Lamarca. «Historia general de América», T. II, páginas 322-323.)

Pudiera deducirse de lo expuesto que la Monarquía venía a representar para los españoles la idea de un *sometimiento temeroso*, de una *subordinación impuesta* y no sentida por la generalidad de los súbditos. Como el concepto es equivocado, conviene restablecerlo en el conocimiento de las gentes, y para ello, cantera apropiada nos la presta la «Dedicatoria» del libro de Solórzano Pereyra. Espiguemos en ella:

«Por *mandato del Rey N. S.*, pasé a las Indias y escribí este libro» (párrafo 1.º) «... los puse luego a los pies de V. M. dedicados, como era justo, a su Real nombre, con segura esperanza que *él solo*, puesto en su primera plana *podría bastar para hacerlos de alguna estima.*» (párrafo 3.) «Dióseme a entender que sería del gusto y servicio de V. M. que estos libros se pusiesen en lengua castellana» (párrafo 5), «[lengua] con la que parece mayor decencia hablar y escribir en ella a los Reyes, pues ellos no usan de otra en sus respuestas... y ninguno hubo bien advertido que no procurase *extender su idioma patrio* donde su imperio» (párra-

TRADICIÓN

fo 7). «Para que en todas partes conozcan que a V. M. y a sus gloriosos y no menos poderosos que Católicos Progenitores, les pareciera pequeña hazaña haber añadido tan grande y dilatado imperio a los suyos, si no hubieran procurado y procuraran *establecerle y conservarle con leyes pías, santas y justas y con saludables costumbres y enseñamientos*» (párrafo 11). «En efecto, como quien sabe que es más prevenir los fines que hallar los principios, y que no se requiere menos recato en conservar los Reynos que en adquirirlos y ser sólo *firmes y durables aquellos que guarda y defiende la prudencia y cuidado de los Príncipes que los rigen*» (párrafo 12). «... las buenas y santas leyes y costumbres, son sus más seguras murallas. Y prestan poco las victorias... si se vive con relajación de costumbres, se carece de *entereza, justicia y respeto o se falta a la Religión*, principal apoyo de los Imperios» (párrafo 13). «Éste ha sido siempre el Blasón hereditario de la Augustísima casa de Austria y España» (párrafo 14). «En la cédula de 3 de julio de 1627... puso V. M. de su Real mano y letra las palabras siguientes: «Quiero me déis satisfacción a *Mí y al mundo* del modo de tratar esos mis vasallos... y de no hacerlo vea Yo ejecutados ejemplares castigos. Y aseguraos que aunque no lo remediéis, lo tengo de remediar y mandaros hacer gran cargo de las más leves omisiones por *ser contra Dios y contra Mí* y en total destrucción de esos Reynos» (párrafo 17). «En lo cual se mostró V. M. estar advertido de que *conviene que el Príncipe se duela más de los trabajos y calamidades de sus súbditos que de las suyas...* que no hay ornato más digno de su grandeza que la Corona que llegare a merecer por los vasallos que hubiere guardado...» (párrafo 18). «... descubriendo el ardiente celo con que *junta y hermana la piedad y la justicia*, virtud que encierra en sí las demás y en cuyo estudio deben poner todo su cuidado los Reyes, pues ella *fué la que dió motivos para crearlos*» (párrafo 19). «V. M. *descansa y declina en ellos* [consejos y consejeros]» (párrafo 19). «*En su Real nombre he trabajado*» (párrafo 23). «V. M. se sirva mirarme con aspecto benigno... *recibiendo mi voluntad, favoreciendo mis escritos, y honrando*, con su Real Grandeza, lo que pareciere bien trabajado...» «y en lo que corresponde al *premio...* de este humilde servicio, lo dexo al arbitrio de V. M., de cuya grandeza espero que sabrá mejor buscar y hallar en qué honrarme y acomodarme... recordando la sentencia de Casiodoro en que nos dice y enseña: «Que el más firme y continuo propósito del Príncipe debe ser honrar... los honestos trabajos... y repartirlos con igual-

TRADICIÓN

dad» (párrafo 24). «Permítaseme que concluya restituyendo a V. M. las precaciones que se le deben... «Dios guarde a V. M. Dios nos le dió, Dios nos lo conserve: Felices nosotros con el Imperio de V. M. Feliz la República. *En V. M. lo tenemos todo. Viva, valga y reyne muchos años*» (párrafo 25).

¿En qué ideas pueden sintetizarse párrafos tan enjundiosos? ¿Qué nociones características se deducen de la dedicatoria transcrita? Pueden ser las siguientes:

1.º El Rey compendia la vida española, y pues que va después de Dios, *manda y ordena*.

2.º Este mandato y ordenación tiende a *extender y conservar* su Reino con *leyes justas y costumbres* saludables, *guardándole y defendiéndole* por medio de su prudencia y cuidado.

3.º Para que el Monarca pueda realizar ese cometido, *ha de poseer* las siguientes indispensables condiciones:

- a) *Respeto a la Religión*, por ser eminentemente cristiano.
- b) *Respeto al súbdito* y dolencia de sus necesidades, porque es el Jefe.
- c) *Prudencia* en su actuación.
- d) *Entereza o autoridad* en su obrar.
- e) *Realizar la justicia*.
- f) *Poseer la virtud*, ya que es ésta la que movió a Dios a crear los Reyes.

4.º El soberano ha de *descansar* en organismos que compendien o representen la vida española, y

5.º Como una consecuencia del primer apartado, el Rey ha de *proteger el trabajo* del súbdito, *recibir la voluntad* del vasallo y *premiarle*.

Es decir, sintetizando más aun, que el Príncipe subordinará sus actos a estas dos normas: *Religión y Moral*, demostrando lo acertado de la tesis española de que la realeza se justifica por sus actos y entroncándose con la tesis teocrática del Monarca representante de Dios, y la de la Escolástica jurídica, que la concibe como Magistratura de poderes limitados puestos al servicio de la Justicia y de la Religión.

Cabe preguntarse si estas nociones son ideas sueltas anidadas en el pensar de un *intelectual* como Solórzano, o es pan corriente amasado en el magín de todos los españoles y uno de los cuales, nuestro autor entre varios, aflora lo que todos tienen en su conciencia.

TRADICIÓN



con el dolor de España
se hizo América

Vázquez Díaz "Fresco de La Rabida"

TRADICIÓN

El pueblo sentía que nuestros Reyes eran grandes en cuanto representaban las tendencias de una raza, y aquella sociedad que tales sentimientos poseía y que se hallaba compuesta de industriales, menestrales y mercaderes en número escaso, de muchísimos caballeros pobres, de un clero que por todas partes se extendía y de muy pocas familias aristocráticas con prestigios, esa sociedad colocaba en su cúspide, como síntesis de las unánimes creencias de la Raza, al Rey sobre todos. Y esto, lo sienten lo mismo intelectuales, que el pueblo, porque está en su alma arraigado como uno de los primordiales deberes del buen español (1).

Analizando aun más, podemos ver en los hechos, en los libros, en las obras teatrales de la época, en todas las manifestaciones del espíritu y de la voluntad, la raigambre de estas ideas en los españoles de la época de Solórzano.

El Rey es el soberano de España, y por ideal y por tradición es amado y reverenciado por su pueblo con un amor mezcla de familiaridad y respeto. Dice Tirso en «El Rey Don Pedro en Madrid»:

Los nobles deben hablar
con más tiento de los reyes;
que los reyes son deidad
y el menos bueno es,
sino imagen de Dios,
de su justicia decreto...

Idea en la que reside el misterio de la soberanía. Hacer de un hombre como los demás la encarnación viva o representativa de la ley, de la justicia y del derecho. Por eso la vida del soberano no ha de contradecir con sus actos el derecho, la justicia y la ley, porque entonces deja de ser soberano para convertirse en tirano.

(1) J. M. Izquierdo ha trazado el cuadro de dichos deberes de la siguiente forma:

- | | | | | |
|--------------------------------------|---|----------|---|---------------------|
| I.— <i>Fidelidad</i> | } | para con | { | Dios. |
| II.— <i>Lealtad</i> | | | | El Rey su Señor. |
| | | | | el amigo. |
| | | | | la mujer. |
| III.— <i>Dignidad</i> (en el hombre) | } | | | para consigo mismo. |
| IV.— <i>Honestidad</i> (en la mujer) | | | | |

TRADICIÓN

El Rey lo es por el reino y para el reino; por el pueblo y para el pueblo; es el «curador de la comunidad» de quien recibió—según Suárez: «Defensio fidei» III-2— el mandato para gobernar. «El reinar es tarea—dice Quevedo—: los cetros piden más sudor que los arados, y sudor teñido de las venas; la corona es peso molesto que fatiga los hombros del alma, primero que las fuerzas del alma.» Por eso Juan Vela, en su «Política real y sagrada», sentencia que «subir al trono soberano no es reinar, ni empuñar el cetro real, ni ceñirse la corona preciosa; el verdadero reinar es *defender a sus vasallos en los riesgos, socorrerlos en las necesidades, consolarlos en las aflicciones y libertarlos de la voracidad de los lobos*».

De ahí que el Rey, para regir rectamente, haya de practicar la virtud y guardar el orden de la justicia. Alarcón, en «Siempre ayuda la verdad» (II-2), enumera algunos de esos atributos:

«Servid, que los Reyes premian
obras, que no voluntades;
que aunque en todo se parezcan
a Dios, sólo en esto no...
Los Reyes hacen justicia
castigan, honran, enmiendan,
perdonan, juzgan, defienden,
con las armas y las letras.
Lo que no pueden hacer
que sólo a Dios se reserva,
es conocer voluntades,
fingidas o verdaderas...»

Esa justicia del Monarca ha de trascender de su reinado y régimen al Reino, en forma de armonía y de este orden y concierto nace la belleza del Estado. Del ejercicio por el Rey de las anteriores virtudes, surge en las conciencias de los súbditos la imagen de un modelo que admirar y seguir, y aparece, entonces, como la encarnación personal, como el ejemplo vivo de la idea del Estado ideal, del Estado ético, del Estado de justicia.

Y aquí sí que abundan los testimonios del común sentir de los españoles.

T R A D I C I Ó N

«El que rige la comunidad—dice Fernán Pérez de Oliva—es *ánima del pueblo* que todas sus partes tiene en concierto y a toda su vida con regimiento, el cual, si faltara, toda la república se disiparía, como se deshace el cuerpo cuando el ánimo la desampara.» Y Tirso («La mejor espigadera», I-2):

«Es alma el Rey, que de modo
que vida al cuerpo apercibe
y estando toda en el todo,
toda en cualquier parte vive;
así el Rey tiene de estar
dando a todo el reino ser,
y en cualquier parte o lugar
todo lo ha de socorrer
y sus miembros sustentar...»

Y por último, Rojas Villandrando, en «El buen repúblico», 1611, describe a maravilla esa armonía entre señor y súbditos: «No hay cosa más necesaria para la perpetuidad de las Repúblicas cuanto que los Reyes se correspondan tan a compás que a la petición justa del pueblo salga la concorde respuesta del Príncipe y que a los mandatos del Rey, suceda la opuesta obediencia de los vasallos, guardando entre sí el orden, el puesto y el lugar que más convenga para conservar el Rey su imperio y que no sea reino diviso y por él venga la desolación que por otros...»

Vemos por todo cuanto antecede, que el Rey era, para los españoles, ante todo un representante de Dios: su imagen, su tesorero, su gerente. De este concepto emanaba una importantísima consecuencia: el *principio de autoridad*, de la autoridad emanada de Dios y encerrada en el fanal impenetrable de la realeza. «El corazón del Rey está en las manos de Dios.» De esta altísima concepción se deducía que el hombre se acercaba a Dios por mediación del Monarca y que se podía influir en éste por mediación de Dios, filosofía de que se haya empapado todo el espíritu popular de la época.

De esa excelsa comunidad entra la Divinidad y la Monarquía, se derivaban una serie de intimaciones morales para la conducta del Rey, y eran consecuencias

T R A D I C I Ó N

prácticas de esa divina gerencia ejercida por el Monarca, las virtudes propias del gobierno de los hombres y la imitación de Dios: largueza y generosidad, perdón, providencia y autoridad.

Por su parte, los súbditos le tenían un religioso respeto, «porque los Reyes, de Dios imágenes sacras, todos son pecho... y así tienen, aunque ausentes, en cualquier lugar la cara.» El respeto y el amor son la base humana de la solidez de los tronos, pues al decir de Lope, «no es justo que reine quien no reina en las voluntades» y por ello tienen hacia él una sumisión perfecta, pero no absoluta, porque sabían que la injusticia es la barrera infranqueable que nadie traspasa; que

«en lo que no es justa ley
no ha de obedecer al Rey».

Se comprenderá que el absolutismo *ad usum pedantes*, ni lo sentían nuestros monarcas ni lo consentían sus súbditos, porque «también nacieron los Reyes para obedecer las leyes».

En aquella Monarquía española, que al decir de un elegante erudito «sus materiales fueron aportados por Carlos I, que Felipe II construyó y ordenó, que Felipe III la adornó, Felipe IV la sostuvo y Carlos II la aguantó», en aquella Monarquía que vió en sus últimos tiempos la sana mentalidad de Solórzano y que supo reflejar en sus libros, en aquel régimen de gobierno *el rey era el alma del pueblo y el jefe de la jerarquía*.

¡Felices los pueblos que no lo olvidaron ni perdieron!

SANTIAGO MAGARIÑOS.



ROMANTICISMO

OÍMOS hablar, de tiempo acá, de lo que algunos dicen ser romanticismo, como origen y causa de Revolución. ¡Perdónalos, Señor!

Y a nosotros, que damos gusto a la pluma sólo por eso, concedernos el afán y el temblor de las cosas bellas.

POR la calle de Segovia suben gritos de alborozo. Por la calle de Segovia y en la Casa que fué de la Mo-

T R A D I C I Ó N

neda, para más ironía. Porque allí, donde rodaron y cantaron coplas de metal las peluconas, nace un poeta. Mi señor don Mariano José de Larra, que murió en desgracia con Dios y los hombres en otra calle de nombre infantil y cantarino. En la de Santa Clara y en un febrero. Cuando eran frías las brisas y las montañas blancas.

Casi nada, Señora, nació un poeta. ¿Os explicáis por qué sube la alegría calle arriba y se para en las ventanas a contar la buena nueva? Cuando hoy le he vuelto a ver, Señora, perdido en los jardines de un parque madrileño, en medio busto y en bronce, tenía el mismo aire de predestinado, oculto a las miradas, lanzando a la mañana fría y naciente los versos de Carrere:

*Vuelan las hojas mustias. Mi amor, quiero tenerte
junto a mí; cuando cae la hoja de oro, inerte
ya está cerca la helada sandalia de la muerte.*

¡Ay, el dolor del otoño en el alma, cuando caen las últimas hojas y el amor, que es fuego, muere de frío!

Cuando hoy le he vuelto a ver, me he imaginado al viento bebiéndose a sí mismo para llevar la noticia, jugando a las cuatro esquinas por las de este Madrid de faroles de gas e invasiones Napoleónicas, que iba a la salida de misa y llamaba el *Deseado* al mal Rey Fernando VII.

Así que fué creciendo, niño precoz de grandes ojeras y tez pálida, nieto de Crispín e hijo de afrancesado, se lo llevaron sus abuelos. Esos sí, esos sí que sentían a Iberia. ¡Y cómo adquiere la historia perfil y verdad de cuento! De esta anciana de pelo blanco, transparente al contraluz de las ventanas, enseñando al nieto a leer y rezar para que luego le salven los recuerdos de plegarias, hemos leído, en días de infancia, por un libro usado, con cubierta de cartón y firma de jesuíta. Es ésta doña Eulalia de Langelot, dulce y portuguesa, la que lleva a Larra por caminos de remordimiento cuando se le duerme, cansado, el demonio de la tentación, la que le inspira en su lirismo su única verdad: «*No toquéis el Crucifijo. Los hombres tristes lo necesitamos para, contemplando una tristeza mayor, llevar con resignación nuestras tristezas.*»

(Pálida Señora que uno se imagina vagando por las salas de la gran casa,

TRADICIÓN

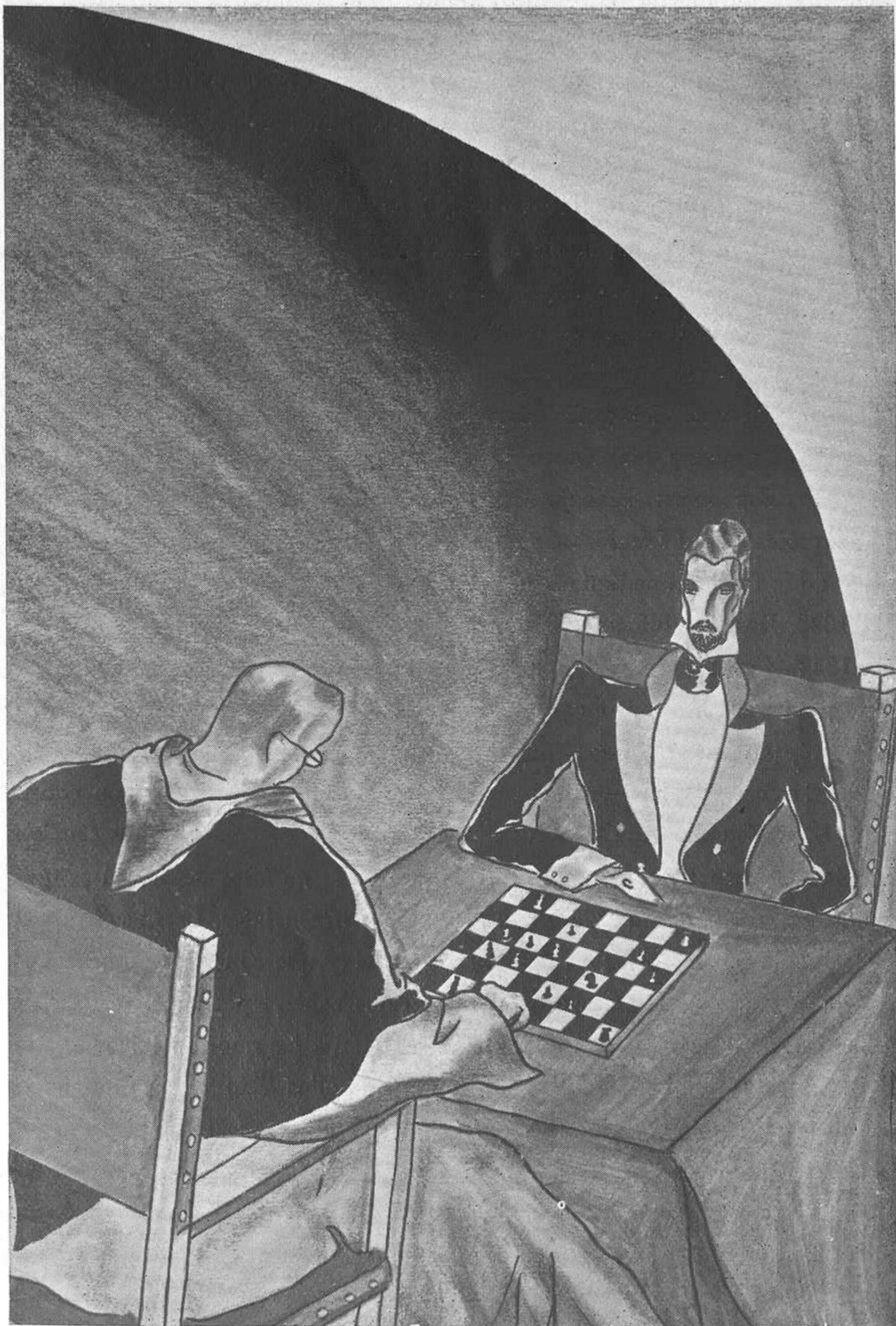
pensando en el hijo que se fué con el invasor. Pálida Señora, imagen arrancada de un lienzo primitivo, con fondo de morriñas de tierras del norte, donde son finas las lluvias y lentas las tonadas.)

Pero a Pepe Botella le van mal las cosas y sale de España, suspirando por Jerez y la manzanilla. (Y ya sé que hay quien dice que no bebía, mas el creerlo es faltar a todo el espíritu de la independencia, epigramático y heroico, cerrado a falsas realidades, necesitando creer para mantener su vida. Pepe Botella bebía y era cobarde y llorón, y traidor y mal nacido. Y todo esto por una razón fundamental: porque era invasor. Y ¡arriba España!) Pepe Botella, pues, atraviesa fronteras, mientras por el Prado saludan los petrimetros su señora Libertad, y se lleva en su séquito a don Mariano padre, consecuente en su afrancesamiento, con gallardía y tozudez españolas, sonriendo a la desgracia con su gesto señero y señor de gran raza y gran espíritu. Don Mariano, a su vez, se lleva a Larra, arrancándole de los brazos de su abuela, haciéndole mirar el paisaje tras un velo lacrimoso y sorber las lágrimas furtivas con ese gesto, entre doliente y acatarrado, de los niños cuando lloran.

En Francia y en Burdeos, Larra—claro—aprende el francés. Y olvida el español. Torna a aprenderlo en España, donde le devuelve una amnistía, en las Escuelas Pías de San Antonio, donde su padre le encierra. Dicen de él que en aquellos días era más bien triste y callado. Desde luego jugaba al ajedrez. Y jugaba moviendo bien los alfiles, ensayando el mate del pastor. Cuando, años después, suplicaba Larra a sus padres que no hiciesen de su hijo un *gran niño*, debía de tener clavados en el remordimiento aquellos juegos sesudos y graves en la celda encalada, mientras entraban por la abierta ventana gritos y primavera, sangre joven reventando en el azul. Que al correr del tiempo había aprendido Larra que el ajedrez es juego villano que se espiritualiza tan sólo cuando los caballos olvidan sus saltos truncados de tres cuadros—¿derecha?, ¿izquierda?—y galopan por el tablado derribando peones y saltando torres. Cuando los alfiles no siguen su camino oblicuo de política cardenalicia. Y cuando la reina es tímida, no hace salidas avanzadas, y se enamora del peón prisionero, que es labor exclusiva y única de las reinas de ajedrez.

De estas escuelas y estos juegos, sale para ir a Corella, donde escribe—¡horror!—una gramática y traduce la *Iliada* del francés, y de Corella—español y

TRADICIÓN



T R A D I C I Ó N

español—para un colegio de jesuitas. Donde pasa después la escarlatina. Casi nadie se libraba, por aquel entonces, de estas pequeñas plagas.

Y lo dejamos en Valladolid suspirando amores y preocupando a Cortés en el prólogo de sus *obras completas*. Tiene apenas quince años y quiere morir de angustia bajo el sol de su Castilla. Él no lo sabe, pero va recto a su destino de Wertehr español. Palmera de líricos oasis. Flecha en diana de muerte.

¡Mi pobre don Mariano José de Larra!

SU primera obra ofrece una curiosa coincidencia. Es una «Geografía historial española», en verso y aburrida, que me recuerda aquel hipotético trabajo que Becquer empezara sobre «Iglesias y Monumentos Españoles». Trabajo del cual, sobrándole dinero en teoría, destinaba no sé qué cantidad fabulosa de reales a limosnas. ¡El triste Gustavo Adolfo, mendigo de la fortuna, pedigüeño de editores!

En 1828, Larra publica el «Duende».

En 1832—fiesta de letras—, el «Pobrecito hablador».

Pero no vamos a seguir su producción, en exceso conocida. Sí en cambio, y por interés particular, vamos a hojear algunos de sus artículos políticos y anticarlistas. Corrían tiempos de insurrección y los cristianos obraban en contra y frente a su España. Allá, por nieblas del norte, predicaba el «*Rey Carlino*» guerra Santa y española. Con un romanticismo que *no lo es*—ahí está el quid del asunto—y sí *enfermedad y espíritu fácilmente influenciabile*. Larra se intoxica de enciclopedia por las tertulias del *Parnasillo*. Hay que concederle sinceridad, puesto que cuando ve el fracaso de sus doctrinas zahiere por igual a carlistas y a liberales, pero hay que conceder razón también a los que mal dicen y mal hablan de este movimiento falso y sin fondo que ellos llaman Romanticismo. *Y que no lo es, porque hay un Romanticismo español que, como todos, tiene por fondo el amor, pero no el profano y sí el divino: Éste es el Romanticismo verdadero. El de San Juan de la Cruz y el de Fray Luis de León. El de Teresa de Ávila. Y en literatura no mística, el de Rojas y Calderón, con un sacrificio y una integridad de ideas, desinteresadas, románticas, de amar—en frase de abolengo carlista—a la Patria por Dios, y por la Patria al Rey. Un Romanticismo que*

T R A D I C I Ó N

tiene una base segura, que se diferencia del falso en que éste *duda* y aquél *cree*. En que no se ama—perfección cristiana—por el castigo, que es temor, y sí por el premio, que es *contemplación, puro romanticismo*. El romanticismo falso—el de Larra—es *disgregador*, con un escepticismo y una falta de base totales. El Romanticismo verdadero—el de las guerras Carlistas—es *creador*, entrega todo a una idea, *siempre de amor*, pero basada en el *más allá*, en la verdad. Por eso no falla y por eso se ha colocado de por sí fuera de la corriente del XIX, que llaman romántica. *Pero es romanticismo*.

Larra, que por educación y temperamento no supo salirse de la corriente falsa, afrancesado en casi todos sus escritos, zahiere a España y al verdadero romanticismo para quedar más tarde desconcertado y sin ídolo. En el «Pobrecito hablador», comienza diciendo, hablando del «Faccioso», carlista, claro es:

«En cuanto a su figura y organización, el faccioso es en el Reino vegetal la línea divisionaria con el animal, y así como la mona es en éste el ser que más se parece al hombre, así el faccioso es en aquél la producción que más se parece a la persona.» (*Art. políticos y sociales. Colección de clásicos castellanos*, pág. 73.)

«Planta es, pues, perjudicial y aun perjudicialísima, el faccioso: pero también la naturaleza, sabia en esto como en todo, que al criar los venenos crió de paso los antídotos, dispuso que se supiesen remedios especiales a los cuales no hay mata de facciosos que resista. Etc., etc.

Hacer ahumados en los puntos de Castilla, que como Roa y otros los producen tan exquisitos, es providencia especial; no se ha podido quemarlos como rastrojos (¡caray, con los liberales!) y aunque este remedio es más bien contra brujas, podría no ser inoportuno, y aun tengo para mí que había de ser más eficaz contra aquéllos que contra éstos.» (Larra, *op. cit.*, pág. 77.)

De Carlos V dice en un artículo que tituló: «¿Qué hace en Portugal Su Majestad?»:

«Sébase antes de qué Su Majestad hablamos. Si hemos de creer un decreto firmado en Villarreal a 3 del pasado por el obispo de León, hay tres majestades distintas para una sola monarquía verdadera. Sus Majestades (q. D. g.) la Reina nuestra Señora y la Reina Gobernadora y Su Majestad (de que Dios nos guarde) el Rey desgobernador. Preguntar qué hacen acá Sus Majestades *verdaderas* fué inútil, claro está: *la felicidad de España*.»

T R A D I C I Ó N

«Ahora bien, sépase qué hace Su Majestad (de que Dios nos guarde).»

«—¡Hola!—me preguntarán mis lectores—; ¿hace algo Su Majestad?»

«¿No ha de hacer? *Hace* castillos en el aire, *hace* tiempo, *hace* que *hace*, *hace* ganas de reinar, *hace* la digestión, *hace* antesala en Portugal, *hace* oídos de mercader, *hace* cólera, *hace* reír, *hace* fiasco, *hace* plantones, *hace* mal papel, *hace* ascos a las balas, *hace* gestos, *hace* oración, se *hace* cruces. ¿*Hace* o no *hace*? Es el hombre más activo, siempre está haciendo algo.»

Sin embargo, con un *Romanticismo liberal*, de idea falsa, y por tanto y por falso, no *Romanticismo*, no vende su pureza y ataca igual, y como ya dijimos, a los liberales que no responden a lo que él dice ser su credo. Es, en fin, el eterno *descontento*. Diferencia fundamental entre el romanticismo falso—*descontento*—y el verdadero—*resignado y creyendo siempre*—. El liberal es ahora, como lo fué el carlista, *mona*, *papagayo*, *cangrejo*, *reptil*, *aire*, *agua*, *espino* y *girasol*. Le repugnan los artículos oportunistas y flagela por esto a la imprenta de Jordán. En su vida desorientada, mal jugador de baraja, no sabe con qué carta quedarse.

Tiene, sin embargo, condiciones natas, que hubieran hecho de él prototipo del Romanticismo—de *nuestro romanticismo*—si se hubiese hallado a sí mismo. Y duda de lo que le rodea porque siente que no es verdad.

Por esto decía a la muerte del conde de Campo-Alange: «*Campo Alange debía morir; militar, no era insubordinado; liberal, no era vocinglero. ¿Qué vida le esperaba entre el caos y la degradación actual?*» (Cito incompletamente y de memoria.)

Por último, diferencia fundamental, muere por un amor. Cuando en el *verdadero* romanticismo por un amor se vive.

«*Vivo sin vivir en mí*», en frase clásica.

Lo dejamos en un amor y volvemos a cogerlo en otro. Ahora suspira desdenes por las calles, por las calles de Madrid. ¿Dónde vas, Mariano Larra? Se ha casado a los veinte años y olvidado a su mujer a los veinticuatro. Porque en éstos se enamora y se pierde. No obstante, va por su camino y a él vuelve tras desesperadas e inútiles escapatorias, que no otra cosa son sus viajes a Londres, Lisboa y París. Allí conoce a Víctor Hugo. O, en frase de Cocteau, «*a un chiflado que se creyó Víctor Hugo*». Allí Taylor le propone que colabore con él. Y, sin embargo, vuelve a perderse. Vuelve a su España,

TRADICIÓN

a su *Parnasillo*, a sus enfados con Bretón de los Herreros, a sus paseos con el Marqués de Molins. Vuelve a perderse encontrando su camino. Porque el camino de Larra es camino de perdición.

Pero, ya lo dijimos, aun equivocado es sincero. En sus luchas, en sus cambios, en sus dudas. Se le va la vida por el corazón y, cuando el corazón se le va también, no vive, como Espronceda, tras el canto a Teresa. Cae, allí, en el salón de la última cita, que ha quedado—*para siempre*—vacío de la ausencia de ella, con silencio de esquinas, con el quinqué velado presto y fácil a la confidencia. Cae allí sin demasiado alboroto, con un humo sutil y azulenco, saliendo del pistolón y la revuelta melena desmayada sobre la frente, pálido y estético, perfecto suicida de litografía del siglo XIX. Aun debió de tener fuerza y elegancia para decir, semiincorporado, sonriendo con sonrisa de blancos y violetas: «*No os molestéis, doctor, he acertado. No era difícil. Tengo el corazón tan grande, que me ocupa el pecho entero.*»

(¡Qué lástima para la estética de la invención, que Larra muriese abandonado, sin médico, sin presiones de otras manos y reflejos de otros ojos. De esos otros ojos que nos hacen falta para ver la verdad del mundo, en los últimos momentos, cuando nos vamos quedando ciegos porque viene, deslumbrante, la luz del más allá!)

Horas antes iba con Roca de Togores por salas del Prado. Larra callaba. ¡Cómo miraba a lo lejos a esas nubes que no se ven nunca, puntos fijos a la preocupación! Caía la tarde, sinfonía en grises y Larra sentía que la angustia le estallaba en la garganta. Fué entonces cuando se volvió, un como triste, un como cansado. «*Usted me conoce, perdóneme entonces. Voy a ver si alguien me quiere todavía.*

Zorrilla cantó en su tumba:

Ahora duerme en San Justo. Entre mármoles y cipreses le resuena en los oídos el cantar de las estrofas:

*¡Otoño gris que evoca los amigos lejanos
que se van de la vida! ¿Qué dolores arcanos
solloza en el otoño la voz de los pianos?*

MANUEL POMBO ANGULO

Faint, illegible text covering the majority of the page, likely bleed-through from the reverse side.

CULTURA

ALFONSO ARRATIA

SUMARIO

TUYA G. SOLAR:

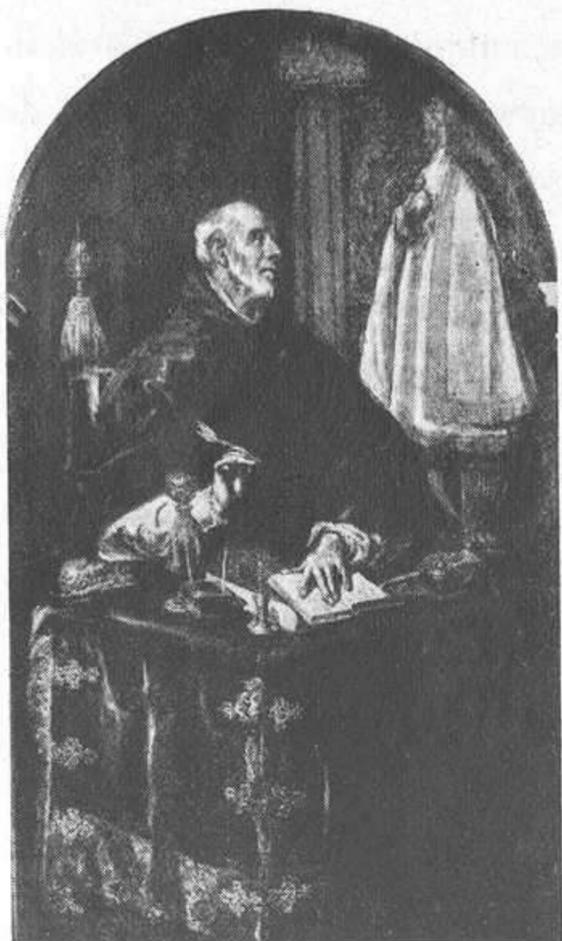
...DEL GRECO. pág. 375

SOUVIRÓN:

...DE MOVIMIENTO . . . » 386

ZAMANILLO:

...DE BIBLIOGRAFÍA . . . » 391



EL ARTE DEL GRECO



FÓRMULA ESPÍRITU DE .

I **N**O es fácil que la Historia de la Pintura vuelva a registrar un caso, al parecer tan extraño y anormal, como fué la producción del Griego toledano. Considerada su obra, en una época decadente, como puro descabello, se ha venido a valorar más tarde en la misma toda una amplia perspectiva de genialidad. La razón de aquel juicio lamentable, no es difícil. Se ha ido muchas veces a la contemplación de una entidad artística con fines utilitarios: como medio de gozarse en todo un sistema de emociones, más o menos romantizadas. Se ha des-

T R A D I C I Ó N

virtuado, frecuentemente, la finalidad primordial de la belleza, que es el gozarse en el puro deleite de su contemplación. Y por eso, cuando una realidad artística, por la dosificación y novedad de su belleza, no era un despertador fácil de todo ese cúmulo de emociones, generalmente vulgares y ya vividas, se juzgaba la obra deplorablemente, y se daba de la misma un diagnóstico lamentable. Pero no es éste un camino justo. Constituída la facultad estética por una modalidad intelectual, es evidente que puede intuirse en un golpe de vista posterior, una belleza que no fué apreciada en una visión primera. Por eso, en busca de la belleza ha de irse como se va en busca de la verdad: sin prejuicios, sin intenciones secundarias, desinteresadamente. Porque el arte—como ha dicho paradigmáticamente Kant—es una finalidad sin fin.

Ante la obra del Greco seré mero espectador. Trataré de analizar los elementos que han integrado su formación—arte y carácter—con objeto de ver si sus producciones tienen el valor de imperativo categórico, es decir, son el resultado fatal de su formación, o dejan, por el contrario, un amplio margen en su actividad que nos obligue a valorar su obra como una realidad consciente. Dos partes, pues: una expositiva y otra exegética.

ORÍGENES DEL GRECO: FORMACIÓN

Poco es lo que se sabe de los primeros años de la vida del Greco. Fué en 1888, cuando Carlos Justi descubrió en sus obras, junto al nombre Domenico Theotocopouli, la abreviatura griega *cres*, creteure, homenaje y recuerdo hacia su patria. Pero la fecha de su nacimiento ya es incierta. Sólo puede darse como segura la primera mitad del siglo de oro literario. Creta dependía entonces de la opulenta Venecia. Metrópolis de poderío y de lujo, el Greco habría de acudir a ella para recibir el influjo de aquella escuela colorista y elegante. Pero las producciones rápidas y felices conseguidas en la misma, exigían una preparación anterior, que habrá de suponerse recibida en Creta, y con grande probabilidad, en Candía. De ella llevaba, junto con un temperamento bizantino, la base de su tecnicismo colorista: el blanco lívido, y el negro para los «toques», colores ambos tan prodigados en sus obras. Era la básica enseñanza recibida en

T R A D I C I Ó N

la escuela cretense, cuyos preceptos nos han sido conservados en un manuscrito del Monte Athos. Dice de esta manera: «Cómo trabajan los cretenses».

Pintaréis así los vestidos: preparad un proplasma obscuro, bosquejad y haced los reflejos por dos o tres veces. Emplead el «fard» (el «fard» es un blanco empleado en pintura semejante al blanco de cerusa) y pintadlos de esta suerte: mezclad ocre obscuro, un poco de negro y una pequeña cantidad de «fard»; emplead el proplasma, esto es, la mezcla dicha, y acabad tocando con un negro bien intenso.

Al pintar los ojos, para las pupilas no uséis más que el negro puro.

Para las carnes, a fin de que no sean amarillas, sino más bien de un rojo blanco, mezclad «fard», un poco de ocre y cinabrio. Cuidad de no cubrir enteramente el rostro, sino las partes iluminadas, e id disminuyendo hacia los bordes. De la misma manera podéis trabajar los pies y las manos. Será, pues su tecnicismo herencia de sus días cretenses. Por él, perspectiva, espacio y profundidad, quedarán reducidos a un papel secundario para conseguir, en primer término, figuras sacerdotales, hieráticas, sometidas en parte a un canon de signos, donde la comunicación de los personajes radica, casi plenamente, en la actitud de sus ojos. Fué la rigidez bizantina la que le proporcionó este influjo, cuya fórmula, más tarde, sabrá desenvolver conscientemente.

Creta, en lo religioso, era católica y cismática. Pero el sentimiento religioso era un factor tan acentuado, y, principalmente, por ambas confesiones, la devoción al «Poverello», que los mismos cismáticos obtuvieron del Papa Juan XXIII autorización para celebrar con su rito la festividad de San Francisco en la iglesia que le estaba dedicada en Candía. Elemento éste que habrá de repercutir en sus obras por el caudal de asuntos religiosos consagrados al Pobrecillo de Asís, y por la repercusión también del misticismo del santo en aquel espíritu del Griego, que tenía intuiciones tan diversas de las que nos presenta esta realidad del mundo sensible.

El sentimiento religioso, el hieratismo bizantino de su arte y la coloración fría de la escuela cretense, pueden considerarse como en tres notas más señaladas que el Greco hereda de su patria.

La segunda formación la recibe en Venecia. La escuela veneciana era una contraposición al arte candiota. Las coloraciones brillantes de su paleta no son

T R A D I C I Ó N

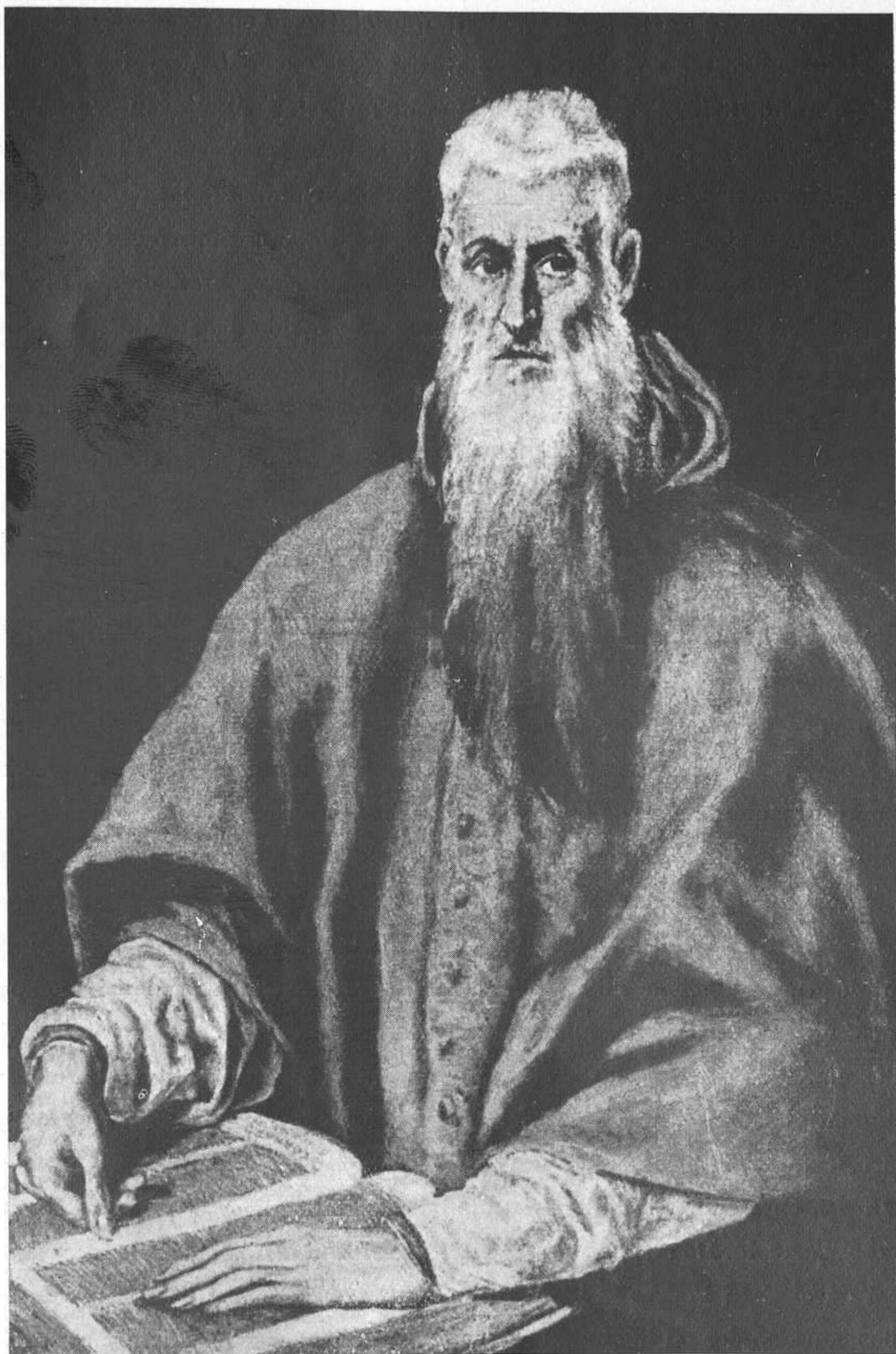
comparables a la policromía de los iconos griegos. Vasari ha dicho de los bizantinos que más eran tintoreros que pintores.

Venecia entonces, punto de cita de placeres y de artistas, gozaba de una vida social intensa. Ceremoniosa, cortesana, opulenta, trasladó el bienestar de su vida a los temas de su arte. Luz, colorido y atmósfera de placer, son el clima de sus obras. Los asuntos religiosos los integran frecuentemente grupos de santos, ordinariamente llamados «*le sante conversazioni*», los cuales se reúnen sin otro motivo aparente que el gusto de entretenerse en conversar. Ya, desde fines del siglo XV, las vírgenes y santos abandonaron su aspecto ascético para convertirse en hermosos personajes exuberantes de vida y ricamente ataviados, que no parece sino que dieron con la clave—como alguien ha dicho—de que la vida vale la pena de ser vivida.

Los romanos acusaban a los venecianos de no saber dibujo, pero el color de sus esmaltes era algo que fascinaba. Tintoretto y Tiziano estaban entonces en su apogeo. Mucho se ha discutido cuál de estos artistas haya influido directamente sobre el Greco. De Tiziano se dijo que era poco amigo de discípulos y hasta celoso de los que con él trabajaban. Y así se comprende la frase de Justi de «suponer que los artistas extranjeros fuesen en Venecia prontamente olvidados». Pero es lo cierto, que la Historia ha registrado algunos nombres de autores griegos: Basilakes, Tomio, Baltha, pero a Domenico Theotocopouli le ha pasado en silencio. ¿Qué razón ha podido ser ésta? Porque es evidente que allí compuso obras muy notables que llevó consigo a Roma. La razón no es difícil de ver. Para ser veneciano tenía que dejar de ser cretense. Y toda su formación atávica, de raza, era un factor tan ingénito al mismo, que no permitió a su temperamento individual y personalísimo, darle modificación esencial alguna. En Toledo encontrará más tarde un clima favorable a su idiosincrasia. Por eso, la brillante ornamentación que dió a los cuadros de su época veneciana, no puede menos de presentárenos como algo postizo. Tal sucede con su «Expulsión de los mercaderes del templo», de la colección Cook, de Richmond.

El Greco, pues, se hizo incompatible con Venecia. Su técnica cretense y su acentuada personalidad, le obligaron a estudiar, por cuenta propia, aquel tecnicismo colorista y a vivir en una abstracción tal, que hicieron decir al celebrado Jusepe Martínez que «el Greco daba a entender que no había en el mundo cosa

TRADICIÓN



LONDRES

C. NACIONAL

GRECO. RETRATO DE LUIS CORNARO

T R A D I C I Ó N

mejor que sus obras». En resumen; que el Greco aparece en Roma por el año 1568. Julio Clovio, célebre miniaturista, recomendaba, con fecha del 16 de noviembre de 1570, al cardenal Alejandro Farnesio, a un joven candiota, discípulo de Tiziano y autor de una obra que por aquellos días recibía un alto comentario en Roma. Clovio tenía un sobrino, Guido Clovio, «capitán al servicio de Venecia»—dice en su testamento—, y compatriota del Greco, puesto que era hijo de padre macedónico y de madre ilírica. Y sin duda que esta afinidad patria fué causa de conocimiento y recomendación que, unida a la solitaria vida del Theotocopouli, le proporcionaron su llegada a Roma.

Roma, entonces se envolvía en una atmósfera de ascesis. Parte era reacción contra la pseudo-reforma, y parte era también un influjo derivado de la virtud y celo del austero pontífice Pío V. En arte, Roma, vivía un siglo de oro. Miguel Ángel había hecho vibrar el gesto enérgico de su alma en mármoles y frescos. De Corregio se conservaban el escorzo y el dibujo acabado. Mientras que Rafael llevaba la palma en el lenguaje mixto de religiosidad y halago al sentido.

Ocho años vivió el Greco en Roma y su vida fué tan silenciada como su estancia en Venecia. Hasta Vesari, un artista historiador que hubo de conocerle personalmente, ha callado su nombre. Julio Clovio ha contado una anécdota, recientemente descubierta en los archivos de la Biblioteca Municipal de Spalato, que da sin duda la clave del misterio: «Ayer—dice—he ido a visitar al Greco para invitarle a dar un paseo conmigo por la villa. Era un espléndido día primaveral que contagiaba las almas de alegría. La villa estaba en fiesta. Pero mi estupefacción fué grande al entrar en su taller y ver las ventanas tan cerradas, que apenas se distinguían los objetos. Mientras que él, sentado en una silla, ni trabajaba ni dormía. Pero se negó a salir conmigo, porque la luz del día no turbase la lumbré de su alma.» ¿Melancolía? ¿Neurastenia? Dejemos sin contestar, por el momento, estas preguntas.

De las enseñanzas recibidas en Roma, son innegables el influjo de Miguel Ángel y Corregio. De éste, en su «Adoración de los pastores», en Toledo; y del primero, en el «San Pedro» y «San Juan Bautista», de Santo Domingo el Viejo, ambos conservados en la ciudad imperial. Por cierto que en algunos cuadros de la serie «Expulsión de los mercaderes del Templo», de su época romana, ha querido rendir un homenaje de gratitud a sus maestros; y así, en el costado de-

T R A D I C I Ó N

recho de la «Expulsión», perteneciente a la colección de Yarboroug, aparecen los retratos de Tintoretto, Miguel Ángel y Julio Clovio, mientras que en un cuarto personaje se ha querido reconocer a Ghirlandajo, Rafael, o el Greco mismo. Al salir de Roma, lleva injertados ya todos los elementos de su técnica. Tal puede comprobarse en las pinturas de la iglesia toledana de Santo Domingo. En adelante, no hará más que sintetizarlas y depurarlas plenamente.

Por el año 1576 hace su entrada en España. Según un documento de la época, para «hacer el retablo de Santo Domingo el Viejo, el cual tiene acabado y puesto en la dicha Iglesia, fué traído el Greco a Toledo». El retablo resultó espléndido. No es cosa de describirlo. Y ante aquella realidad magnífica, el cabildo catedralicio le encomendó la composición de un «Expolio». Pasa por una de las obras capitales de la pintura. Pues bien; nombrados peritos para tasarla, las representaciones de ambas partes no llegaron a un acuerdo y la tasa un tercer valorador—Alejo Montoya—que le asigna el precio de 3.500 reales y dice de ella, el 20 de julio—un mes más tarde—que «vista la dicha pintura ser de las mejores que yo he visto, y que si se oviese destimar considerando sus muchas partes que tiene de bondad, se podría estimar en tanta cantidad, que pocos o ninguno quisiesen pagarla, visto la calidad de los tiempos y lo que de ordinario se paga en Castilla por pinturas de grandes artífices». Pero el Greco no aceptó esta tasa. Y ante un recurso del procurador de la Iglesia Primada, que exigía el cuadro con las correcciones propuestas por los peritos—alejamiento principalmente de algunas figuras—, pidió por escrito las razones, «por no entender bien—según dijo—el castellano». Pero reacio en su pleito, se le puso en la disyuntiva de modificar el cuadro o ir a la cárcel. Y ante el dilema cedió.

Posteriormente al «Expolio», pintaba para El Escorial, por encargo del Rey Don Felipe, una obra que representase el martirio de San Mauricio y la Legión Tebana. Felipe II, gran mecenas, le comunica el 25 de abril del año 80 que, «habiéndose sabido que no trabajaba en él por falta de colores finos y de dinero, manda que se le asista con lo uno y con lo otro, enviándole especialmente azul ultramarino». Pero el cuadro no agradó a Felipe II. La escena era en todo original. El santo no aparecía simbolizado con la sangre de su triunfo. Era una escena moral. Representaba el momento en que el mártir expone a sus soldados la conveniencia de morir por su fe. Sólo al fondo aparecían secundarias escenas

T R A D I C I Ó N

de martirio. Pero las manchas de su coloración, azules, grises y amarillas, habían roto plenamente con toda la receta «manierista». Y hasta los frailes jerónimos repudiaban el «San Mauricio» porque, según dijeron por boca de su historiador, el amable y castizo Fr. José de Sigüenza, «los santos se deben de pintar de manera que no quiten la devoción». Pero esta apreciación es muy subjetiva. Porque añade el docto Padre, que esta acusación «es injusta por lo que toca a los santos pintados; ellos tienen sentimiento de sobra y por encima campea una gloria, que es una gloria de composición, de dibujo y de color».

Lo que interesaría saber, es por qué el Greco andaba escaso de dinero, ya que sus composiciones anteriores le habían proporcionado una cantidad respetable. A esto dice el ya citado Jusepe Martínez «que ganó muchos ducados, mas los gastaba en demasiada ostentación de su casa, hasta tener músicos asalariados para cuando comía gozar de toda esta delicia». Y Pacheco, el suegro de Velázquez, que había tratado al Greco, dijo del mismo que «fué gran filósofo, de agudos dichos y que escribió de pintura, escultura y arquitectura». Sin embargo, no se conoce en la actualidad obra suya acerca de estas artes. Del inventario de su biblioteca, resulta que tenía 27 obras griegas, 67 italianas, más otras 50 italianas, 17 de literatura española y 19 de arquitectura. Era, pues, un espíritu selecto.

En 1584 y a petición del cardenal de Toledo don Gaspar de Quiroga, compuso el «Enterramiento del conde de Orgaz». El tema era una leyenda y, en la confección, a ella hubo de ajustarse. El donante describe las líneas generales de la composición. Y el resultado fué, como ha dicho Lafuente Ferrari, «una obra maestra de realismo abajo, y un delirio de visionario arriba». Pero de visionario que ve, no que finge.

Por el arte, el Greco tiene un verdadero culto. Sabe valorar las obras y se enoja ante apreciaciones ignorantes. Tal fué el caso de los monjes de Sisle, legendario sin duda, pero que refleja bien el carácter batallador del Greco. Se le había encomendado la composición de una «Cena». El Greco delegó la ejecución en su discípulo Luis Tristán, que la realizó a satisfacción de los monjes. Tristán la tasa en 200 ducados, y el Greco, empuñando un bastón, arremete contra su discípulo. La comunidad disculpa el precio exorbitante de la obra atribuyéndolo a los pocos años de su autor. Pero el asombro llegó a su colmo cuando el Greco, encarándose con ellos, les dice: «pues precisamente por eso lo riño, por haber pe-

dido 200 ducados; este cuadro vale 500 y si no los pagáis en el acto, el cuadro es mío».

¿Postura original? ¿Altivez? ¿Defensa del arte?... Acaso sea ésta la interpretación, y haya que ver en ese acto la reacción lógica de un temperamento profundamente sumergido en el placer de la belleza ante una incompreensión manifiesta.

Para algunos críticos, la residencia del Greco, en 1588, era Sevilla. Es incierto. Verdad es que, por esta época, dió poderes a dos procuradores toledanos para cobrar algunas de sus obras. En Sevilla florecía entonces una industria popular llamada de «pacotillas». Es decir, toda una imaginería de una religiosidad fácil que marinos, monjes y soldados llevaban consigo en sus expediciones al Nuevo Mundo. Sólo una necesidad extrema pudo obligar a el Greco a practicar este arte. Su refinamiento profundo no podía permitirle empotrar sus ideas en formas vulgares. Máxime cuando las esculturas que de él se conservan, no tienen ni punto alguno de contacto con la imaginería que se trabajaba entonces en España, por Berruguete, Becerra y Juni. Sus esculturas pueden considerarse como «obras en bulto arrancadas de sus cuadros». No hace aún mucho tiempo, se ha descubierto en Talavera la Vieja, un contrato del Greco y una imagen suya del «Rosario» para la cofradía de la localidad. Sus estatuas son «de forma esbelta—ha dicho Mauricio Barrés—, a veces quintaesenciadas y sutiles, testimonio de una pasión concentrada, con las cuales alcanzaba cierta suerte de belleza fatal, buscando a toda costa la expresión de la personalidad».

Como arquitecto no se conocen taxativamente obras ni han aparecido las que le atribuye Palomino. Sólo se sabe que hacía estudios y bocetos para sus obras, de los que se conservan unos doscientos, y figuras en barro y cera, para estudiar el plegado de los paños.

A su vuelta de Sevilla, si es que estuvo, volvió rico, y se estableció definitivamente en Toledo. Vivió en las orillas del Tajo, en las casas de Villena—aquel marqués medio diablo—las cuales constituyen hoy el Museo del Greco.

De doña Jerónima de las Cuevas tuvo un hijo, Jorge Manuel, al igual que su padre, pintor, escultor y arquitecto.

Del Greco ha dicho Jusepe Martínez que era «de condición extravagante». Cabe en las posibilidades. Pero no se compagina bien este dato con las amistades que tenía. Porque han pasado por su casa Lope de Vega, Tirso de Molina, el

T R A D I C I Ó N

Padre Ribadeneyra, el afamado trinitario Fr. Félix Palavicino, el sabio jurisconsulto Antonio de Covarrubias, los poetas Ercilla y Góngora, el P. Gracián, el santo Juan de Ávila y el mismísimo «príncipe de los ingenios», al que precedió dos años en la tumba.

Esta fué su vida. Cada cual habrá de valorarla de modo diferente. Pero su estilo inconfundible es algo incuestionable. La clásica literatura se ha hecho eco del mismo. Y así, Rojas en su «Abre el ojo», pone en boca de doña Clara, celosa de don Clemente, el siguiente escarnio, por creerle enamorado de Beatriz:

*Adiós el de la Beatriz,
que si a buena luz le veo
parece que se ha soltado
de alguna copia del Griego.*

INSUFICIENCIA DE UN PREJUICIO ELEMENTAL EL GRECO NO FUÉ UN CASO PATOLÓGICO

EN 1926 se celebró en Salamanca el XIV Congreso Médico de Oftalmología. El doctor Márquez, catedrático de la Facultad de Madrid, presentó una memoria que desde el primer momento cautivó la curiosidad y atención de los congresistas. ¿Fué la obra del Greco un caso de astigmatismo? Astigmatismo es el defecto visual que hace ver las cosas prolongadas en su dirección vertical. Pero el caso del Greco no es éste. Porque si la característica más saliente de su tecnicismo es el excesivo alargamiento de sus figuras, esta prolongación no la verifica de modo uniforme. Puesto que se da el caso de exagerar la dimensión horizontal en varias partes. Por ejemplo, su «Caballero de la mano en el pecho», tiene la mano alargada en su dirección horizontal, pero en una proporción que no le corresponde a su aspecto vertical. Y los dedos de la misma, que deberían ser cortos y anchos, tienen por el contrario más longitud que la ordinaria que debiera corresponderles.

Esta tendencia a perfilar, se nota principalmente en sus concepciones místicas. Tal sucede con el «San Jerónimo», de la Galería Nacional de Londres, y el

T R A D I C I Ó N

«San Luis», rey, del Museo del Louvre. En éste, la cabeza del santo aparece algún tanto alargada, en contraposición al realismo estupendo de un pajecillo que está a su lado. Lo mismo se observa en su «San Fernando», del Prado.

Pero además, el pintor astígmata si capta la realidad con desproporción vertical, la reproduce objetivamente proporcionada. Porque teniendo que estar la realidad externa y la imagen de su fantasía en una desproporción dada, una alteración cualquiera en la visión de su fantasía tendría que aparecer, plásticamente, con una desproporción proporcionada. Tal habría de acaecer en el «retrato». Pero sucede lo contrario. Mayor realismo que en el retrato del fastuoso cardenal Niño de Guevara, es imposible. Y en el mismo «Enterramiento del conde de Orgaz», mientras que la parte superior—gloria—es toda una producción idealista, la inferior, por el contrario, es una perfecta galería de retratos, copias fieles de los grandes caballeros de aquel tiempo. No era, pues, astígmata el Greco. El defecto no era de la vista, eran intuiciones de su alma.

FRAY MANUEL DE TUYA G. SOLAR, O. P.

(Continuará.)

MOVIMIENTO

En este número cesa su colaboración en TRADICIÓN—por causas ajenas a su voluntad—el prestigioso escritor Sebastián Souvirón y Utrera.

La labor de Souvirón, constante desde los tiempos heroicos de la Revista, con una profundidad de conocimientos y una facilidad de pluma difícilmente superables, hará que su pérdida sea lamentada por todos los lectores de TRADICIÓN.

Le sustituye en este Movimiento Adolfo María Gómez Ruiz. El galardonado escritor sabrá dar a nuestros lectores una idea exacta y documentada del movimiento cultural español, añadiéndole la lucidez de sus comentarios, de doctrina perfecta.

Le asesorará en las críticas de arte, el joven valor de la pintura española Pedro Maldonado. Maridaje éste del pincel y la pluma que esperamos dé frutos brillantes de concepción y colorido.

EXPOSICIÓN GOYA EN PARIS

1 LA Exposición que, organizada por la Biblioteca Nacional de París, se ha celebrado últimamente en la capital de Francia, ha constituido un éxito en los fastos del Arte Español. Casi la totalidad de los grabados del pintor aragonés han sido expuestos a la admiración de los estudiosos parisienses. Figuran además en la Exposición, dibujos y algunos cuadros proce-

TRADICIÓN

dentes de colecciones particulares. En varias vitrinas se contienen recuerdos anecdóticos como cartas autógrafos y retratos del pintor de Fuendetodos.

El hecho en sí tiene una enorme importancia cultural en lo que supone preocupación y reconocimiento de los valores de nuestro Arte.

Completa la Exposición del gran artista de Fuendetodos un álbum-catálogo con una introducción de M. Lemoisne un estudio de M. Jean Adhemar sobre la influencia de Goya en los escritores y artistas franceses del siglo XIX— Víctor Hugo Delacroix Manet—y un estudio bibliográfico sobre el genial aragonés.

LOS DIBUJOS DE PERICO MALDONADO

DODA la elegancia espiritual y el fino y aristocrático sentido de las cosas que encierra ese gran «salvaje urbano» que es Perico Maldonado, se nos muestra en sus dibujos. Siempre rompe la línea bajo la preocupación del intacto esteticismo. Sabe bucear en hondos y varios estilos, siempre con elegancia, siempre a tono en la profunda y sentida concepción de la belleza. Nunca un dibujo suyo pecará de amanerado. Siempre será el reflejo de un momento psicológico. Y como es Perico Maldonado un fino espíritu capaz de percibir la belleza bajo distintas formas, todos sus dibujos se contienen en una sentida y admirable ponderación de la belleza. Une en su inteligencia de distinción estética la emoción de la forma en el momento espiritual determinado. Y sabe, a fuerza de artista cultivado y bueno, ser un gran paladín en la batalla que tan acertadamente llamó uno de nuestros más nombrados filósofos, Batalla de la Inteligencia contra el Desorden.

De esta batalla de la que tan buen paladín es en Italia Giorgio de Chirico...

TRADICIÓN

Pedro Maldonado

El Rapto



Pedro Maldonado

Siglo XIX

IDEAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX

3 CON este título, el Marqués de Lozoya ha dado en el Centro de Estudios Universitario un cursillo de conferencias. La magnífica labor doctrinal que está desarrollando el ilustre Rector del C. E. U. se ha evidenciado nuevamente en esta serie de conferencias. Todas las figuras del pensamiento español en el pasado siglo están siendo analizadas detalladamente; el progresismo de Espartero, oportunista, que saca partido de sus éxitos militares; la intuición enérgica de Narváez y sus ideas áticas sobre el decoro de España; la necesidad de que a la posición política refleje la teológica, base del pensamiento de Donoso Cortés, etc. El libro de Donoso sobre catolicismo, liberalismo y socialismo es la obra doctrinal que más influye en el pensamiento contrarrevolucionario de Europa. La carta a María Cristina, en la que expone la grave situación social y la necesidad imperiosa de que el Trono intervenga en su solución, es una de las más interesantes manifestaciones del pensamiento de Donoso Cortés. Muchas de las ideas contenidas en esta carta, aparecen después en algunas Encíclicas de Su Santidad León XIII.

Igualmente es de gran interés el estudio detallado de la figura de Balmes y las teorías de éste, principalmente sobre la resistencia al Poder y sobre las formas de gobierno.

OBRAS DE JOSÉ PINAZO

4 PIADOSAMENTE reunidas, en el Palacio de Bibliotecas y Museos, las últimas obras de Pinazo, nos enseñan la gran tragedia que la muerte del artista valenciano fué para el arte español. En los precisos momentos en que Pinazo daba cima a su labor magnífica de investirse de moldes nuevos, siempre optimista, siempre luminoso, pero más sereno, con un reposo más sen-

TRADICIÓN

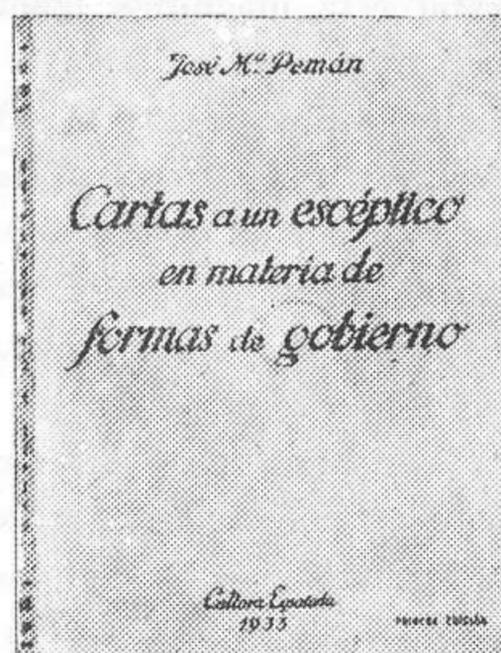
sato que el movimiento de inquietud sorollesca de su primera obra, la Muerte cortó su evolución. Quizá no faltaba ya mucho para que terminara ésta. Porque su obra última tiene junto a su natural optimismo colorista—intrínsecamente levantino—, junto a la dulce sinfonía de luces, un ritmo nuevo de magnífica amplitud espiritual de asimilado y último sentimiento de la interpretación estética.

SEBASTIÁN SOUVIRÓN

Bibliografía

CARTAS A UN ESCÉPTICO EN MATERIA DE FORMAS DE GOBIERNO

por José M.^a Pemán. Madrid, *Cultura Española*, 1935. 8.º, 226 páginas.—Precio: 5 pesetas.



EN la excelente revista «Acción Española», ha publicado, José María Pemán ocho cartas sobre la indiferencia en las formas de gobierno que, recopiladas, constituyen este volumen.

Magníficas de forma, claras y profundas de fondo, respondiendo a una rara unión del poeta y literato con el pensador y filósofo, es el presente libro un tratado único en España. Verdadera apología de la forma monárquica, con argumentos de razón e históricos, pone al alcance de todas las inteligencias las materias más abstrusas, ayudado, cuando es menester, de la atinada comparación y aun del chiste.

Plácemes merece Pemán por esta nueva obra, que debe ser vulgarizada y publicada en edición popular; reciba los nuestros, entusiastas y cariñosos, tanto más cuanto en ella defiende, como no podía ser menos, la monarquía tradicional en todo su alcance. Pudiera ponerse algún reparo a ciertos juicios del autor respecto de algunos hechos históricos, que no casan bien con el pensamiento fundamental de la obra; pero ellos no afectan a la substancia del libro, sino que son, más bien a nuestro juicio, piadosas ficciones del poeta que suplen la severidad del pensador. Únicamente, queremos comentar algo que con los tradicionalistas directamente se refiere.

Dice Pemán en su carta séptima: «Mientras tanto en España la escuela tradicionalista—Donoso, Aparisi, Mella—mantuvo con hermosa terquedad de pensamiento e inviolada castidad de ideal, la pura doctrina monárquica, con profusión y solidez de argumentos filosóficos e históricos. El hecho político de

TRADICIÓN

estar esta magnífica labor intelectual—salvo en el caso de Donoso Cortés—solidariamente unida a la causa de una dinastía disidente y desterrada, perjudicó notablemente su difusión y su eficacia suasoria, en vez de considerarse esta tesis, como en realidad lo era, como la única pura y verdadera tesis monárquica, se la consideró como la tesis y alegato de una cierta Monarquía y de un cierto partido extremo, que luchaba contra otros que se creían, también, de buena fe, monárquicos.» Hasta aquí Pemán. La cita es un poco larga, pero no tiene desperdicio.

Conformes en todo, menos en suponer un perjuicio en la unión solidaria de la doctrina con la dinastía. Todo partido monárquico necesita una dinastía, y los tradicionalistas tuvieron y tienen la suya; pero no por capricho, ni por motivos sentimentales, ni por lealtades personales, sino porque esa dinastía, y no otra, tenía, además de la legitimidad de origen, la bandera de esos puros y únicos principios monárquicos. Por sostener esa bandera, rechazó nuestro Carlos VII en Londres el trono liberal y parlamentario que le ofreció el general Prim, con un gesto de mayor contenido doctrinal que el famoso y romántico del Conde de Chambod al negarse a entrar en Francia como rey con la bandera tricolor. Y si no triunfaron esos principios, no fué por estar unidos a una determinada dinastía, sino porque el mundo entero le era adverso y enemigo. En cambio, esa gloriosa dinastía ha contribuído eficazísimamente al sostenimiento de esos puros y únicos principios monárquicos en España, hasta nuestros días.

Y termina Pemán el párrafo: «Porque dinastías podrá haber dos, pero Monarquía no hay más que una: la forma de gobierno sabia y vieja que con sus instrumentos de unidad y continuidad ha construído a España.» Y acotamos nosotros: dinastías podrá haber no dos, sino doscientas, pero dinastía que defiende y aspire a implantar en España esa Monarquía, no hay más que una: la carlista. Nosotros no sabemos de ninguna otra que, en ningún momento, haya manifestado su conformidad con esos puros y únicos principios monárquicos españoles, sabios y viejos.

No quitan estas aclaraciones, hechas con toda la afectuosa admiración que por el autor sentimos, nada del mérito fundamental de la obra, que, como arriba queda dicho, debe ser vulgarizada lo más posible.

JOSÉ LUIS ZAMANILLO

NOTICIARIO MENSUAL

SUMARIO

CARD. SEGURA Y SÁENZ:

...LA VOZ DE

LO ALTO pág. 395

SANCHO QUIJANO:

...NOTICIARIO » 397

La Voz de lo Alto

El 22 de abril, como puerta de oro y de brillantes de su nuevo formato, trajo El Siglo Futuro un magistral artículo del Cardenal Segura. ¿Qué mejor comentario que transcribirle íntegro en estas páginas? Al honrarlas con ello, con devoción y cariño filiales, TRADICIÓN rinde sincerísimamente dos homenajes cordialísimos: uno de gratitud y de fidelidad al Santo Cardenal de las intransigencias, orgullo y prez de la Iglesia y de España, y otro de admiración y de entusiasmo al veterano y remozado diario madrileño, paladín de la causa, baluarte inexpugnable de la buena doctrina.

SESENTA años han transcurrido desde que comenzó El Siglo Futuro su nobilísima empresa. Y después de tantos años de trabajos sin tregua, mezclados con grandes sacrificios, aparece hoy con las mismas energías y con los mismos entusiasmos por los santos ideales que persigue que el día en que viera la luz primera, al amparo del Patrocinio del glorioso Patriarca San José.

Bien pueden aplicársele las palabras del Real Profeta en el salmo 102:

«Bendice, alma mía, al Señor,
y guárdate de olvidar tantos beneficios suyos.
Él es quien rescata de la muerte tu vida
quien te corona de misericordia y gracias;
Él quien sacia, con sus bienes, tu deseo;
y se renovará tu juventud como la del águila.»

Y del mismo modo pueden aplicársele las del Profeta Isaías (XL-31), cuando decía:

«Los que tienen puesta en el Señor la esperanza, renovarán su fortaleza;

tomarán alas como de águilas;
correrán y no se fatigarán;
andarán y no desfallecerán.»

TRADICIÓN

Es preciso reconocer que la lucha diaria de la vida de un periódico como *El Siglo Futuro* es penosa y capaz de quebrantar los ánimos; necesitándose, por lo mismo, cuando faltan todos los estímulos terrenos, levantar los ojos a lo alto, de donde únicamente puede venir el auxilio eficaz.

Y ciertamente que de lo alto de los cielos resuena la voz que conforta a los bravos luchadores del periódico católico en su lucha de todos los días.

Es la voz del Señor la que dice, como dijo a los apóstoles (Juan, XVI-33):

«En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza: Yo he vencido al mundo.»

«Nadie puede servir a dos amos; porque o al uno obedecerá y al otro amará; o al servicio de uno estará atento y del otro no hará caso.» (Mat., VI-24.)

«A todo aquel que me reconociere y confesare delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos.» (Mat., X-32.)

«El que no está conmigo, contra Mí está; y el que conmigo no allega, esparce.» (Mat., XII-30.)

«Yo soy Rey», dice el Divino Maestro hablando de Sí mismo. «Yo para eso nací y para eso vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es del bando de la verdad, oye mi voz.» (San Juan, XVIII-37.)

«Todo plantío que no plantó mi Padre celestial será arrancado de raíz.»

«Dejadlos; ciegos son, guías de ciegos; y el ciego, si guía al ciego, ambos caerán en la hoya.» (San Mateo, Cap. XV, Vers. 13 y 14.)

Y esa voz, que resuena en lo alto del cielo, repercute en la tierra por medio de los Vicarios de Jesucristo, cuyas palabras confortan los corazones de los que luchan.

Y es un Papa, Pío IX, el Papa mártir de la revolución, el que, al bendecir la pluma de un insigne periodista católico, le dice estas palabras. (Audiencia del 2 de mayo de 1873):

«Praeliate praelia Domini et Ipse det vobis gratiam et fortitudinem ad dependendam jura Ecclesiae.» «Batallad las batallas del Señor y Él os dé gracia y fortaleza para defender sus derechos y los de su Iglesia.»

Y es otro Papa, Pío X, cuyo epitafio reza en las grutas vaticanas: «Mitis et humilis cordereique catholicae vindex fortis»—«Manso y humilde de corazón e inquebrantable defensor de la causa católica»—, quien al esforzado católico luchador de la pluma dice las siguientes palabras, que parecen trazar el programa completo de *El Siglo Futuro*. (Acta Apostolicae Sedis, v. V, pág. 513):

«Grande honor es, sin duda, para un servidor de la Iglesia, haber, durante medio siglo, proyectado, sobre los acontecimientos de la historia, la luz más viva de la doctrina católica, y haber perseguido sin tregua ni paz al error, ora cuando se manifiesta con descaro, ora cuando se desliza como serpiente en las sombras.

»Mérito y gloria suya es el haberlo hecho con el calor, el entusiasmo y la bravura de un hombre que posee la verdad y que sabe que la verdad tiene derechos imprescriptibles.

»Mérito y gloria suya es haberlo hecho con grande y absoluto desinterés, sin ceder jamás a las seducciones, ni a las alabanzas, ni a las promesas; desafiando la popularidad, las

TRADICIÓN

intrigas, las antipatías, las acusaciones calumniosas de sus adversarios y aun la desaprobación misma de sus compañeros de armas.»

»Dichoso él por haber sido digno de padecer afrentas por el nombre de Jesús. (Act. V-14.)

»Es, finalmente, el último Pío, el Santo Padre Pío XI, gloriosamente reinante, quien, en la memorable audiencia pública del 19 de noviembre de 1923, trazando a todos los españoles las normas para alcanzar la paz y la unidad, la prosperidad y la gloria de España, dice que ninguno de estos dones faltará a nuestro pueblo «si permanece y continúa siempre en el camino de sus padres, señalado y sembrado con tanto esplendor de ejemplos inimitables».

*· · · · ·
Esta es la voz de lo alto, que claramente traza la ruta a seguir y por la cual viene animosamente caminando, por espacio de sesenta años, El Siglo Futuro.*

PEDRO CARD. SEGURA Y SÁENZ

Roma, 9 de marzo de 1935.

I

VA para cuatro generaciones que, año tras año, se malogra la profecía de la muerte y desaparición de «El Siglo Futuro».

Este en que andamos—que es año pródigo en sorpresas y que aun se guarda las mejores—tuvo agoreros de postín que han repetido el disco.

Pero «El Siglo Futuro» no murió. En lugar de morir, cambia de domicilio y estrena unos soberbios locales en los que instala oficinas y talleres; sin perder un ápice de su carácter doctrinal y serio, se engalana con los más modernos adelantos del arte periodístico, y recurriendo fuera de la patria en busca de lo que en España no podía encontrar, como ha sido la magnífica rotativa que ha inaugurado el día 22 de abril, ha salido a la calle remozado con su nuevo y simpático formato, con sus treinta y dos páginas habituales y en un plan de secciones, de informaciones y de fotograbados que, si por su contenido fundamental sigue siendo el mejor periódico del mundo, según frase eminente de un purpurado ilustre, por su empaque exterior se puede codear muy dignamente con sus más orgullosos amigos y enemigos de la prensa nacional.

Y ha destripado un chiste. Porque a «El Siglo Futuro», sin pérdida de lo que el título significa y después de haber sido *el siglo pasado*, se ha convertido en *el siglo presente*.

II

RAMOS de flores para los artistas; coronas de laurel para los héroes. Para «El Siglo Futuro» queremos encontrar una frase.

Hay una de Balzac que no le va bien: «El periódico es una tienda en que se venden al público las palabras del mismo color que las quiere.»

TRADICIÓN.

Hay otra de Voltaire que tampoco le va: «Los periódicos son los archivos de las bagatelas.»

Y una tercera de Leopoldo II de Bélgica, que igualmente no sirve: «Nuestros periodistas, como las moscas, son más inoportunos que perniciosos.»

Pero hay, no ya una frase, sino una hermosa catarata de frases de Donoso Cortés, que se dijieran, dichas con carácter profético por nuestro gran vidente de la anterior centuria, para que ahora nosotros las ofrendáramos como homenaje a «El Siglo Futuro»: *«De todas las potestades de la nueva organización de las sociedades, ninguna es tan colosal, exorbitante, como la potestad concedida a todos de poner su palabra en los oídos del pueblo. Las sociedades modernas han conferido a todos la potestad de ser periodistas, y a los que lo son el tremendo encargo de enseñar a las gentes lo que Jesucristo confió a sus apóstoles. No me toca a mí pronunciar un fallo en este momento sobre esta institución; cúmpleme sólo señalar su grandeza: la profesión del periodista es a la vez una especie de sacerdocio civil y una milicia. El instrumento que maneja puede serlo de salvación o de muerte. La palabra es más cortante que la espada, más pronta que el rayo, más destructora que la guerra. Ministros de la palabra social, no olvidéis que la responsabilidad más terrible acompaña siempre a este terrible ministerio; que no hay sino en la eternidad penas bastantes para castigar a los que ponen la palabra, ese don divino, al servicio del error, así como no hay galardones bastantes sino en la eternidad para los que consagraron su palabra y sus talentos al servicio de Dios y de los hombres.»*

¡Qué bien suena este párrafo elocuente de Donoso Cortés, rendida la intención ante la historia del veterano diario madrileño!

III

PARA consuelo nuestro, de los que militamos en las filas del tradicionalismo, que cada día gana nuevas posiciones y expande sus doctrinas salvadoras, a todos los que trabajamos en la siembra benéfica nos toca alguna migaja de las hermosas frases del grandioso orador. Posiciones ganadas en el último mes han sido los nuevos círculos de Betelu (Navarra) y Aramayona (Álava), así como el de la juventud de Guadalajara y la apertura de locales en Palma de Mallorca, en Murcia y en el Distrito primero de Barcelona y las inauguraciones de los Pelayos en Sans y de las escuelas nocturnas en Manresa.

En Zufia (Navarra) se constituye un círculo, en San Sebastián, la Agrupación Deportiva Tradicionalista, en Santa María de Baamorto (Lugo) la juventud y las Margaritas, en Pizarra (Málaga) y en Toledo, las juventudes, y en Tarazona la A. E. T.

Y aparecen tres paladines más en la prensa del triple lema: en Reus, un semanario, «El Radical»; en Barcelona, «Covadonga», portavoz de los Pelayos, y en Teruel, «Lealtad», semanario que cicatriza la censura en su primera salida.

IV

APRETADOS por la falta de espacio y haciendo el sacrificio de noticias interesantes, algunas de las cuales, espigadas en otros campos de la política, llenarían planas y planas de periódicos—y entre ellas las brillantes intervenciones de nuestros diputados en la esté-

TRADICIÓN

ril arena del Congreso—reseñaremos a vuela pluma los actos de propaganda celebrados.

En Palma de Mallorca, Alfredo Llompart y José Quint-Zaforteza; en Barcelona, José Payá Pastor, Benedicto Torralba de Damas, José Font y Fargas y Víctor Pradera en un acto, y en otro de carácter infantil, los pelayos Miguel Matas, Juan Manuel Nadal y Antonio Casajuana, cerrando los discursos Torralba de Damas; en San Feliu de Llobregat, Enrique Sarradell y José Montaner en un acto, y en otro, Enrique Laplana; en Sabadell, María Antonia Albareda; en Badalona, el P. Corazonista Joaquín González y el Carmelita Serafín del Carmelo; en Olot, el P. Anastasio Dorca; en Gerona, Barcelona y Manresa, Monseñor Lisbona; en Zaragoza, Enrique Pérez Sinués; en Orihuela, José María Quilez; en Málaga, Claro Abadanes y Feliciano González Ruiz, en dos distintas conferencias; en Murcia, Francisco Martínez García y el diputado a Cortes Romualdo de Toledo; en Villarreal de Castellón, el Magistral de Valencia Rogelio Chillida y en Tabernes de Valldigna, celebrando las bodas de plata del círculo, Suria, Albiñana y el diputado Barón de Cárcer.

En Sestao, Gaviria y Elizalde; en Galdácano, José María Lizarralde; en Guernica, Teodoro Bermese, María Luisa Cervera, Pedro María Gaviria y Jesús Elizalde, quien habló también en Durango con Ibieta y el diputado Jesús Comín, en Begoña con Donato Gil y en Guecho con José Luis Pérez; en Eruma, Olaneta, Ibieta y Comín; en Llodio, Gerardo Larrea y Manuel María de Arredondo; en Zambrana, suspendiéndose otro de los nacionalistas a la misma hora por falta de público, Nebreda y José María de Urquijo; en Salinillas de Buradón, Samaniego y Labastida, Nebreda, Urquijo y Mendía; en San Sebastián, un día Antonio Olandís y Antonio Arrue y otro Antonio Olandís y Arturo Echeverría; en Betelu, Baradalla, Los Arcos y Arrue, y en Tudela, tierra de lealtad y sacrificio, los diputados Jesús Comín y José María Lamamie de Clairac.

En Madrid han dado conferencias el Secretario de TRADICIÓN Álvaro González Amezá, el ex diputado de las Constituyentes Gómez Rojí y el Consejero de Cultura, Marqués de Santa Cara.

V

ANTE la infatigable labor de los propagandistas, que cristaliza a cada paso en fundaciones de centros y periódicos, y en especial ante la heroica persistencia de «El Siglo Futuro», que por espacio de sesenta años ha mantenido incorruptible el fuego sagrado de las buenas doctrinas contra airecillos y vendavales de toda índole, nos vienen a las mientes aquellas sabrosísimas palabras del Sermón de la Montaña:

—«*Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se hace insípida ¿con qué se le volvería el sabor? Para nada sirve ya, sino para ser arrojada y pisada por las gentes.*»

Seguramente porque no se hizo *insípido*, porque en sus sesenta años de vida periódica no perdió un solo día su integridad en la defensa de la verdad, es por lo que pueden decirse propiamente en su honor, las frases anteriores del Evangelio de San Mateo y aquellas otras que las siguen:

—«*Vosotros sois la luz del mundo. No se puede cubrir una ciudad edificada sobre un monte. Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras.*»

SANCHO QUIJANO.

TABLE OF CONTENTS

1. Introduction	1
2. Objectives	2
3. Methodology	3
4. Results	4
5. Discussion	5
6. Conclusion	6
7. References	7
8. Appendix	8
9. Bibliography	9
10. Glossary	10
11. Index	11
12. Acknowledgements	12
13. Executive Summary	13
14. Abstract	14
15. Introduction	15
16. Objectives	16
17. Methodology	17
18. Results	18
19. Discussion	19
20. Conclusion	20
21. References	21
22. Appendix	22
23. Bibliography	23
24. Glossary	24
25. Index	25
26. Acknowledgements	26
27. Executive Summary	27
28. Abstract	28
29. Introduction	29
30. Objectives	30
31. Methodology	31
32. Results	32
33. Discussion	33
34. Conclusion	34
35. References	35
36. Appendix	36
37. Bibliography	37
38. Glossary	38
39. Index	39
40. Acknowledgements	40
41. Executive Summary	41
42. Abstract	42
43. Introduction	43
44. Objectives	44
45. Methodology	45
46. Results	46
47. Discussion	47
48. Conclusion	48
49. References	49
50. Appendix	50
51. Bibliography	51
52. Glossary	52
53. Index	53
54. Acknowledgements	54
55. Executive Summary	55
56. Abstract	56
57. Introduction	57
58. Objectives	58
59. Methodology	59
60. Results	60
61. Discussion	61
62. Conclusion	62
63. References	63
64. Appendix	64
65. Bibliography	65
66. Glossary	66
67. Index	67
68. Acknowledgements	68
69. Executive Summary	69
70. Abstract	70
71. Introduction	71
72. Objectives	72
73. Methodology	73
74. Results	74
75. Discussion	75
76. Conclusion	76
77. References	77
78. Appendix	78
79. Bibliography	79
80. Glossary	80
81. Index	81
82. Acknowledgements	82
83. Executive Summary	83
84. Abstract	84
85. Introduction	85
86. Objectives	86
87. Methodology	87
88. Results	88
89. Discussion	89
90. Conclusion	90
91. References	91
92. Appendix	92
93. Bibliography	93
94. Glossary	94
95. Index	95
96. Acknowledgements	96
97. Executive Summary	97
98. Abstract	98
99. Introduction	99
100. Objectives	100
101. Methodology	101
102. Results	102
103. Discussion	103
104. Conclusion	104
105. References	105
106. Appendix	106
107. Bibliography	107
108. Glossary	108
109. Index	109
110. Acknowledgements	110
111. Executive Summary	111
112. Abstract	112
113. Introduction	113
114. Objectives	114
115. Methodology	115
116. Results	116
117. Discussion	117
118. Conclusion	118
119. References	119
120. Appendix	120
121. Bibliography	121
122. Glossary	122
123. Index	123
124. Acknowledgements	124
125. Executive Summary	125
126. Abstract	126
127. Introduction	127
128. Objectives	128
129. Methodology	129
130. Results	130
131. Discussion	131
132. Conclusion	132
133. References	133
134. Appendix	134
135. Bibliography	135
136. Glossary	136
137. Index	137
138. Acknowledgements	138
139. Executive Summary	139
140. Abstract	140
141. Introduction	141
142. Objectives	142
143. Methodology	143
144. Results	144
145. Discussion	145
146. Conclusion	146
147. References	147
148. Appendix	148
149. Bibliography	149
150. Glossary	150
151. Index	151
152. Acknowledgements	152
153. Executive Summary	153
154. Abstract	154
155. Introduction	155
156. Objectives	156
157. Methodology	157
158. Results	158
159. Discussion	159
160. Conclusion	160
161. References	161
162. Appendix	162
163. Bibliography	163
164. Glossary	164
165. Index	165
166. Acknowledgements	166
167. Executive Summary	167
168. Abstract	168
169. Introduction	169
170. Objectives	170
171. Methodology	171
172. Results	172
173. Discussion	173
174. Conclusion	174
175. References	175
176. Appendix	176
177. Bibliography	177
178. Glossary	178
179. Index	179
180. Acknowledgements	180
181. Executive Summary	181
182. Abstract	182
183. Introduction	183
184. Objectives	184
185. Methodology	185
186. Results	186
187. Discussion	187
188. Conclusion	188
189. References	189
190. Appendix	190
191. Bibliography	191
192. Glossary	192
193. Index	193
194. Acknowledgements	194
195. Executive Summary	195
196. Abstract	196
197. Introduction	197
198. Objectives	198
199. Methodology	199
200. Results	200
201. Discussion	201
202. Conclusion	202
203. References	203
204. Appendix	204
205. Bibliography	205
206. Glossary	206
207. Index	207
208. Acknowledgements	208
209. Executive Summary	209
210. Abstract	210
211. Introduction	211
212. Objectives	212
213. Methodology	213
214. Results	214
215. Discussion	215
216. Conclusion	216
217. References	217
218. Appendix	218
219. Bibliography	219
220. Glossary	220
221. Index	221
222. Acknowledgements	222
223. Executive Summary	223
224. Abstract	224
225. Introduction	225
226. Objectives	226
227. Methodology	227
228. Results	228
229. Discussion	229
230. Conclusion	230
231. References	231
232. Appendix	232
233. Bibliography	233
234. Glossary	234
235. Index	235
236. Acknowledgements	236
237. Executive Summary	237
238. Abstract	238
239. Introduction	239
240. Objectives	240
241. Methodology	241
242. Results	242
243. Discussion	243
244. Conclusion	244
245. References	245
246. Appendix	246
247. Bibliography	247
248. Glossary	248
249. Index	249
250. Acknowledgements	250
251. Executive Summary	251
252. Abstract	252
253. Introduction	253
254. Objectives	254
255. Methodology	255
256. Results	256
257. Discussion	257
258. Conclusion	258
259. References	259
260. Appendix	260
261. Bibliography	261
262. Glossary	262
263. Index	263
264. Acknowledgements	264
265. Executive Summary	265
266. Abstract	266
267. Introduction	267
268. Objectives	268
269. Methodology	269
270. Results	270
271. Discussion	271
272. Conclusion	272
273. References	273
274. Appendix	274
275. Bibliography	275
276. Glossary	276
277. Index	277
278. Acknowledgements	278
279. Executive Summary	279
280. Abstract	280
281. Introduction	281
282. Objectives	282
283. Methodology	283
284. Results	284
285. Discussion	285
286. Conclusion	286
287. References	287
288. Appendix	288
289. Bibliography	289
290. Glossary	290
291. Index	291
292. Acknowledgements	292
293. Executive Summary	293
294. Abstract	294
295. Introduction	295
296. Objectives	296
297. Methodology	297
298. Results	298
299. Discussion	299
300. Conclusion	300
301. References	301
302. Appendix	302
303. Bibliography	303
304. Glossary	304
305. Index	305
306. Acknowledgements	306
307. Executive Summary	307
308. Abstract	308
309. Introduction	309
310. Objectives	310
311. Methodology	311
312. Results	312
313. Discussion	313
314. Conclusion	314
315. References	315
316. Appendix	316
317. Bibliography	317
318. Glossary	318
319. Index	319
320. Acknowledgements	320
321. Executive Summary	321
322. Abstract	322
323. Introduction	323
324. Objectives	324
325. Methodology	325
326. Results	326
327. Discussion	327
328. Conclusion	328
329. References	329
330. Appendix	330
331. Bibliography	331
332. Glossary	332
333. Index	333
334. Acknowledgements	334
335. Executive Summary	335
336. Abstract	336
337. Introduction	337
338. Objectives	338
339. Methodology	339
340. Results	340
341. Discussion	341
342. Conclusion	342
343. References	343
344. Appendix	344
345. Bibliography	345
346. Glossary	346
347. Index	347
348. Acknowledgements	348
349. Executive Summary	349
350. Abstract	350
351. Introduction	351
352. Objectives	352
353. Methodology	353
354. Results	354
355. Discussion	355
356. Conclusion	356
357. References	357
358. Appendix	358
359. Bibliography	359
360. Glossary	360
361. Index	361
362. Acknowledgements	362
363. Executive Summary	363
364. Abstract	364
365. Introduction	365
366. Objectives	366
367. Methodology	367
368. Results	368
369. Discussion	369
370. Conclusion	370
371. References	371
372. Appendix	372
373. Bibliography	373
374. Glossary	374
375. Index	375
376. Acknowledgements	376
377. Executive Summary	377
378. Abstract	378
379. Introduction	379
380. Objectives	380
381. Methodology	381
382. Results	382
383. Discussion	383
384. Conclusion	384
385. References	385
386. Appendix	386
387. Bibliography	387
388. Glossary	388
389. Index	389
390. Acknowledgements	390
391. Executive Summary	391
392. Abstract	392
393. Introduction	393
394. Objectives	394
395. Methodology	395
396. Results	396
397. Discussion	397
398. Conclusion	398
399. References	399
400. Appendix	400
401. Bibliography	401
402. Glossary	402
403. Index	403
404. Acknowledgements	404
405. Executive Summary	405
406. Abstract	406
407. Introduction	407
408. Objectives	408
409. Methodology	409
410. Results	410
411. Discussion	411
412. Conclusion	412
413. References	413
414. Appendix	414
415. Bibliography	415
416. Glossary	416
417. Index	417
418. Acknowledgements	418
419. Executive Summary	419
420. Abstract	420
421. Introduction	421
422. Objectives	422
423. Methodology	423
424. Results	424
425. Discussion	425
426. Conclusion	426
427. References	427
428. Appendix	428
429. Bibliography	429
430. Glossary	430
431. Index	431
432. Acknowledgements	432
433. Executive Summary	433
434. Abstract	434
435. Introduction	435
436. Objectives	436
437. Methodology	437
438. Results	438
439. Discussion	439
440. Conclusion	440
441. References	441
442. Appendix	442
443. Bibliography	443
444. Glossary	444
445. Index	445
446. Acknowledgements	446
447. Executive Summary	447
448. Abstract	448
449. Introduction	449
450. Objectives	450
451. Methodology	451
452. Results	452
453. Discussion	453
454. Conclusion	454
455. References	455
456. Appendix	456
457. Bibliography	457
458. Glossary	458
459. Index	459
460. Acknowledgements	460
461. Executive Summary	461
462. Abstract	462
463. Introduction	463
464. Objectives	464
465. Methodology	465
466. Results	466
467. Discussion	467
468. Conclusion	468
469. References	469
470. Appendix	470
471. Bibliography	471
472. Glossary	472
473. Index	473
474. Acknowledgements	474
475. Executive Summary	475
476. Abstract	476
477. Introduction	477
478. Objectives	478
479. Methodology	479
480. Results	480
481. Discussion	481
482. Conclusion	482
483. References	483
484. Appendix	484
485. Bibliography	485
486. Glossary	486
487. Index	487
488. Acknowledgements	488
489. Executive Summary	489
490. Abstract	490
491. Introduction	491
492. Objectives	492
493. Methodology	493
494. Results	494
495. Discussion	495
496. Conclusion	496
497. References	497
498. Appendix	498
499. Bibliography	499
500. Glossary	500
501. Index	501
502. Acknowledgements	502
503. Executive Summary	503
504. Abstract	504
505. Introduction	505
506. Objectives	506
507. Methodology	507
508. Results	508
509. Discussion	509
510. Conclusion	510
511. References	511
512. Appendix	512
513. Bibliography	513
514. Glossary	514
515. Index	515
516. Acknowledgements	516
517. Executive Summary	517
518. Abstract	518
519. Introduction	519
520. Objectives	520
521. Methodology	521
522. Results	522
523. Discussion	523
524. Conclusion	524
525. References	525
526. Appendix	526
527. Bibliography	527
528. Glossary	528
529. Index	529
530. Acknowledgements	530
531. Executive Summary	531
532. Abstract	532
533. Introduction	533
534. Objectives	534
535. Methodology	535
536. Results	536
537. Discussion	537
538. Conclusion	538
539. References	539
540. Appendix	540
541. Bibliography	541
542. Glossary	542
543. Index	543
544. Acknowledgements	544
545. Executive Summary	545
546. Abstract	546
547. Introduction	547
548. Objectives	548
549. Methodology	549
550. Results	550
551. Discussion	551
552. Conclusion	552
553. References	553
554. Appendix	554
555. Bibliography	555
556. Glossary	556
557. Index	55

Las primeras **3** suscripciones
de todo tradicionalista residente en
cualquier lugar de España,
deben ser:

- 1^º** BOLETÍN DE ORIENTACIÓN
- 2^º** EL SIGLO FUTURO
- 3^º** Nuestro DIARIO o semanario regional

Tenemos en España y América **12** diarios
y **20** semanarios y revistas tradicionalistas

Hay que apoyar a nuestra prensa

LA OTRA – Y LO OTRO – VIENE DESPUÉS

JESÚS HERMOSILLA AIZCORBE

TORREFACCIÓN DE CAFÉS



Telegramas:
HERMOSILLA

Teléfono núm. 23-86

Santa Lucía, 25 al 31

SANTANDER **EL PELICANO ROJO**



Camisería Monray

Teléfono número 14.346

Bidebarrieta, 2 - Bilbao

NOVEDADES INGLESAS

IMPERMEABLES MULVELY

ARTÍCULOS PARA REGALOS

Roneo Unión Cerrajera, S.A.

MONDRAGÓN
(G U I P Ú Z C O A)

Organización de oficinas.

Fábrica nacional de muebles de acero.

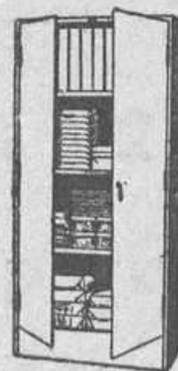
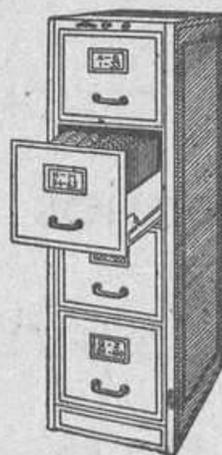
Máquinas de escribir y contabilidad «Remington».

Multicopistas.

Máquinas de direcciones.

Carpetas.

Fichas de todas clases.



REPRESENTANTE EN SANTANDER:

MANUEL PEREA SAN FRANCISCO, 25, 2.º

Ignacia Palace-Hotel

De **DISTINGUIDO**
linaje, altamente cos-
mopolita y

**dotado de todos los
servicios modernos**
es el Hotel de las per-
sonas de **buen gusto**

Santander

Teléfono 14-83 - Apartado 84

HOTEL SUIZO

TODO CONFORT

Director propietario:
EUSEBIO NORIEGA

CASTELLÓN

GRAN HOTEL
LOGROÑO

GRAN HOTEL
SALAMANCA

PROPIETARIOS:
ESTEBAN Y TROCONIZ

Hotel - Restaurant La Eibarresa

El más céntrico de la po-
blación

Situado frente al Teatro
Arriaga

Cocina selecta, dirigida
por su propietario
Diego Rubio

Confort moderno

Bilbao

RIBERA, 2 - Teléfono 15.255

PENSION PARIS

GRAN PENSIÓN
ECONÓMICA

Precios especiales para
señores estables. Se sir-
ven comidas desde 2,75

Hay ascensor

VALLADOLID

Paz, 30 - Teléfono núm. 11.934

Bodegas Vda. Uzcudun

Vinos finos, tintos y blancos. Rioja-Valdepeñas, Nava del Rey - Servicio a domicilio.



Padilla, 14-16-18
Teléfono 1.294

SANTANDER

Depósito en el
Sardinero: Bajos
del Casino
(Estando)

SANTIAGO CONDE

SUCESOR DE SINFORIANO RÓDENAS

- Grandes novedades en tejidos de fantasía en sedas, lana y algodón
- Camisería, Corbatas, Ligas y Tirantes
- Gran surtido en paños para trajes de caballero.

TORRELAVEGA, Calle Ancha

LA PROGRESIVA Vda. de Salvador Cotanda Alvaro

Fábrica de azulejos

Azulejos blancos y de color
Especialidad en cerámica artística

ALCORA (Castellón de la Plana)

LIBRERÍA RELIGIOSA

IMPRESA - PAPELERIA

Libros de religión, estudio y recreo - Menaje para escuelas

BENITO HERNANDEZ
Ribera, 25 - SANTANDER

PALOMINO Y VERGARA

Coñac - Vinos

Licores - Champán

Fino Tradicionalista

JEREZ DE LA FRONTERA

RELOJERÍA SUIZA

MANUEL PRADA

SUCESOR DE J. CRON (Casa fundada en 1850)



SANTANDER

Amós de Escalante, 4 - Teléfono 1.702

SASTRERÍA INGLESA

de nuestros correligionarios Vicente García y Victoriano Muñoz. Sección especial para señoras, hechura sastre. Concesionarios de la exclusiva de la faja MADAME X para caballeros

MADRID

Mayor, 6, 1.º - Teléfono 16.174

Horno de San José

CONFITERÍA

Dulces - Bombones - Caramelos
Artículos de fantasía. Especialidades: «Caramelos Sotileza»,
Yemas imperiales y Toffees

Aduana, 1 - **SANTANDER** - Tel. 1.908

GRABADOR DE MODA

Sellos de caucho - Rótulos esmaltados

Montera, 38 - Madrid

INSIGNIAS CARLISTAS
Y
EFECTOS DE PROPAGANDA
TRADICIONALISTA

Pedir catálogos a
VASCO ARAGONESA
Apartado 257 - Bilbao

V. HUERTAS

Timbres y Grabados

Nuncio, 7

MADRID

LIBRERÍA SAN JOSÉ Lotería, 2. Tel. 11.807. BILBAO

La más importante por su variado surtido en
Artículos religiosos Sucursal en Limpas (Santander)

Café - Bar - Restaurant

IRUÑA

SEVERO UNZUÉ

BILBAO

Berástegui, 5 - Teléfonos 17.250-18.157



CARDENAL CARDENAL

CAMISERÍA
GRAN VÍA, 11
Teléfono 12.296

ALMACÉN DE PAÑOS
Banco de España, 1 - BILBAO - Tel. 14.809

SASTRERÍA
CORREO, 16
Teléfono 15.801

3/2 Golden Square - London W-1

FÁBRICA DE CALZADO

Especialidad en zapatillas

Hijo de Manuel Gutiérrez

Joaquín Hoyos, 7 - Teléfono núm. 156

TORRELAVEGA
(SANTANDER)

¡¡ Reumáticos !!

no queráis sufrir más

El tratamiento antirreumático

"KARMEL"

cura rápidamente el dolor

Pedidlo en vuestra farmacia o a los
Laboratorios «AGUA del CARMEN». Tarragona (España)

PERFUMERÍAS DROGUERÍAS

E. Pérez del Molino, S.A.

Compañía, 3
Blanca, 17
(Droguería Azul)
Wad-Ras, 3 - Santander

Miguel Martínez de Pinillos

UNIÓN SALINERA

(Nombre comercial)

- Grandes salinas «La Tapa» en el puerto de Santa María; «San Félix», «San Miguel» y «Dolores» en Río Arjillo.
- Con apartaderos propios en la vía general del ferrocarril.
- Cargadero en el Río Guadalete.

SALES

corrientes, trituradas, doble trituradas, molidas, refinadas y de mesa. A granel o en sacos. Premiadas en varias exposiciones.

- Sírvanse dirigir los pedidos a
PINILLOS
CÁDIZ, Apartado 47

MENDIOLEA

San Francisco, 7 - Teléfono 2.404

SANTANDER

Loza - Cristal

Batería de cocina

Artículos para regalos

ALDUS, S. A.

artes gráficas

Santander

Apartado 85

Teléf. 1.443



Obras y catálogos de lujo
Revistas en varios colores
Prospectos industriales
Encuadernaciones
Cajas de cartón ondulado

F. PENAGOS

Santander

Teléfono 1.447

TRANSPORTES

generales

a provincias y extranjero

*Antes conocida por cara, hoy
barata y siempre perfecta.*

Tradición

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Órgano
Oficial del
Consejo de
Cultura

Redacción:

Marqués de Cubas, 21
Apartado 800 - MADRID

Dirección:

Paseo de Pereda, 3, pral.
Apartado 183 - SANTANDER

Administración:

Blanca, 26, 1.º
Apartado 183 - SANTANDER

Precio de la suscripción:

España, 15 ptas. - Extranjero, 25 ptas.
Número suelto, 1,50 ptas.

Sitios de venta:

Barcelona, Librería Casulleras, Claris, 15
Bilbao, Librería San José, Lotería, 2
Santander, Librería Religiosa, Ribera, 25
Palma de Mallorca, Casa Bar-Lock,
Jovellanos, 5

ECHEANDÍA, Excmo. Sr. Marqués de
ETCHEVERRÍA DE GARCÍA, D.^a Mag-
dalena
F. DE LA SOMERA, D. Ignacio
FERNÁNDEZ DE VELASCO, D. Gonzalo
FLÓREZ GUTIÉRREZ, D. Laureano
FLORIDA, Excmo. Sr. Conde de la
GARCÍA VERDE, D. José María
GARRÁN, D. Justo
GIL, D.^a Estefanía, Vda. de Virgilio Sanjuán
GÓMEZ E ITÓIZ, D. José
GONZÁLEZ-NANDÍN Y DE SOBRINO,
D. Roberto
GONZÁLEZ QUEVEDO, D. Manuel
GURRUCHAGA, D. Asunción
GUTIÉRREZ ALONSO, D. José
GUTIÉRREZ-CALDERÓN, D. José María
HERREROS DE TEJADA Y AZCONA,
D. José María
HUELIN HUELIN, D. Enrique
IRIBARNEGARAY, D. Heraclio Juan
JADO, Srta. Pilar
L. J., D. Jesús
LEZAMA LEGUIZAMÓN, D. Luis
LEZAMA LEGUIZAMÓN, D. José
LISBONA, Monseñor D. Pedro
LIZARZA, D. Antonio
LÓPEZ Y LÓPEZ, D. Rafael
LLINARES ARIÑO, D. Carlos
LLORENTE, D. Felipe
M., D. José
MADARIAGA Y MARTÍNEZ DE PINI-
LLOS, D. Jesús de
MARCET CABASA, D. José
MARCET CABASA, D. Miguel
MARTÍNEZ GARCÍA, D. Francisco
MARTÍNEZ-VÉLEZ, D. Esteban
MARTÍNEZ JIMÉNEZ, D. Manuel
MARTÍNEZ DE MORENTIN, D. Javier
MARTÍNEZ LUENGO, D. Miguel
MATEOS BRAGADO, D. Anastasio
MATUTE VALLS, D. Gabriel
MELÉNDEZ GONZALO, D. Pablo
MIGUEL Y CRISOL, D. Ramón
MIRANDA, D. Miguel de
MUÑOZ R. DE AGUILAR, D. Julio
OLAZABAL, D. Rafael

OREJA ELÓSEGUI, D. Benigno
OREJA ELÓSEGUI, D. Ricardo
ORIO Y URQUIJO, D. José María
PALOMINO, D. Juan J.
OSUNA, Excmo. Sra. Duquesa viuda de
PÉREZ ORMAZÁBAL, D. Juan José
PRADERA, D. Juan
PRADERA, D. Víctor
R. MONTE, D. Cipriano
RAGUAN, D. Germán
REQUEJO, D. Jesús
RODEZNO, Excmo. Sr. Conde de
ROMERO RAIZÁBAL, D. Ignacio
SAN ENRIQUE, Excmo. Sra. Vizcon-
desa de
SÁENZ MESSIA, D. Manuel
SÁNCHEZ MARCO, D. José
SÁNCHEZ MAURANDI, D. Antonio
SANTIAGO MARÍN, D. José Luis
SELVA, D. Juan
SERRA, D. Ramón
SOLANA, D. Marcial
SOLER MARTÍ, D. Bautista
SOLÍS Y GONZÁLEZ, D. Gerardo
SOTO, D. Ignacio
TARÍN, D. Jorge
TEJERA Y DE QUESADA, D. Domingo
TELLERÍA MENDIZABAL, D. Agustín
TOLEDO, D. Romualdo de
TORRE SAURA, Excmo. Sr. Conde de
TRUYOLS COLL, D. Fernando
ULIBARRI, D. Marcelino de
UNANUE ORTIZ, D. Francisco
ÚRCULO DÍEZ, D. Cesáreo
URIBASTERRA, D. Adolfo
VALDERRAMA, D.^a Felisa
VALENZUELA, Excmo. Sr. Marqués de
VAZQUEZ ÚBEDA, D. Fernando
VERASTEGUI, D. Fernando
VERASTEGUI Y NOVIA DE SALCEDO,
D.^a Catalina
VESSOLLA, Excmo. Sr. Marqués de
VILLAPANÉS, Excmo. Sra. Marquesa de
VILLORES, Excmo. Sra. Marquesa de
VILLOTA, D. Alvaro
ZAMANILLO, D. José Luis
ZUAZOLA LARRAÑAGA, D. José Luis

ex libris



1,50

ALDUS, S. A. - SANTANDER